

PROLOGO

LOS ORIGENES

EL ÚNICO testimonio hasta ahora conocido sobre los orígenes de la familia Tamayo, lo ofrece el propio Franz, en unas pocas líneas dedicadas a defender la nobleza de sangre india de sus antecesores. Nos enteramos así que los Tamayo provienen del Perú, aunque no se sabe cuándo y por qué circunstancias llegó el primer Tamayo a Bolivia. De sus tatarabuelos dice Franz en el opúsculo *Para siempre*:

"Fueron caciques (léase príncipes indios) ennoblecidos con nobleza española por el emperador Carlos V en el siglo XVI. Mi padre, muy joven y en la casa paterna, tuvo en sus manos el expediente nobiliario en cuya cubierta estaba delineada la mano del monarca. Los Tamayo de la rama peruana deben conservar ese expediente. Somos marqueses de Villa Hermosa de San José en Moquegua. En la Biblioteca Municipal de La Paz existe un nobiliario del Perú colonial, impreso en Lima, a manera de becerro tumbado, donde están las pragmáticas y privilegios de mi familia. Somos pues sangre india ennoblecida por España".

Isaac Tamayo Sanjinés, padre de Franz, se recibió de abogado en La Paz, y en el gobierno de Melgarejo fue oficial mayor del ministerio y diputado por su ciudad natal a la Constituyente de 1868. En 1892 ocupó las funciones de ministro de Hacienda del gobierno Arce. Cayó del poder con su partido, el conservador, a raíz de la llamada revolución "federal", cuyo único resultado tangible fue el traslado de la sede del gobierno, de Sucre a La Paz, en 1900. A partir de esa fecha no actuó más en política ni ocupó función pública alguna. Falleció el 8 de agosto de 1914. Poco tiempo antes había publicado un extraño libro, *Habla Melgarejo*, firmado bajo el seudónimo de *Thajmara*, que es no solamente una defensa del gobierno del crápula tarateño, sino un compendio de las ideas que el propio Tamayo tenía sobre diversos aspectos de la vida nacional, desde la importancia de valo-

rizar al indio aymará, como núcleo fundamental de la nacionalidad —lo que para esa época y dado el rampante racismo anti-indigenista que profesaban las clases dominantes, constituía una herejía—, hasta cuestiones de economía, agricultura, industria, educación, reorganización de la banca, etc. Cuatro años antes habían aparecido en *El Diario* los famosos 55 editoriales que constituirían, en forma de libro, *La creación de la pedagogía nacional*, de manera que no puede decirse que las ideas contenidas en esta obra tenían como origen aquéllas plasmadas en la obra de *Thajmara*. Pero es indudable la profunda influencia de Isaac sobre Franz, a quien prefirió siempre entre sus cinco hijos, no escatimando esfuerzo alguno para su formación, desde temprana edad. Abundaron en la infancia de Franz los profesores privados contratados por su padre, y el niño acompañó a su progenitor en dos viajes por América y otro por Europa. Posteriormente pudo retornar al viejo mundo, gracias al sostén económico de su progenitor.

Padre e hijo debieron sostener largas charlas, en el hogar, en las horas interminables, en los carruajes que los acercaban a la costa, o apoyados en la borda de los barcos, contemplando el fascinante y sobrecogedor paisaje oceánico. En esas charlas, en el contacto doméstico con los siervos indígenas de las propiedades de su padre, y mucho más, en la relación íntima con su madre, Franz afirmó su admiración y orgullo por su sangre aymará. En el libro de *Thajmara* se encuentra en síntesis la ideología nativista que Franz llevaría a sus extremos, en prosa maciza y fulgurante, en la *Creación de la pedagogía nacional*.

Se habla en Bolivia de una "generación del 80", en la que sobresalieron Gabriel René Moreno, Mariano Baptista, Nataniel Aguirre, Santiago Vaca Guzmán, Ricardo Terrazas, Julio Lucas Jaimes e Isaac Tamayo. Pero el apelativo tiene más que ver con la cronología de sus nacimientos y actuaciones, particularmente después de la guerra del Pacífico, que con una definida comunidad de acción o de ideales, pues fueron personalidades de actuación individualista e ideologías divergentes. Algunos como René Moreno, Terrazas o Vaca Guzmán, vivieron permanentemente en el extranjero. En todo caso, coincidieron todos en ocuparse apasionadamente de Bolivia, desentrañar sus dificultades y ofrecer fórmulas de recuperación nacional, luego del cercenamiento del litoral. En el ensayo que dedicó a Isaac Tamayo y su obra, Roberto Prudencio anota acertadamente que el padre de Franz "en nuestra historia ha de cobrar siempre un relieve singular por la extraña modalidad de su persona. Hombre solitario y arrogante, no disimulaba su desdén por la sociedad pacata y provinciana de su tiempo. Espíritu profundo y cultivado huía del convencionalismo y del lugar común, y se aislaba para mejor conocer y juzgar a los hombres. Fue el primero que comprendió el valor de lo autóctono y el primero que sospechó que en el indio estaba la realidad profunda de Bolivia. No tuvo reparo en decir, aunque sus palabras sonaron por entonces a blasfemias, que Bolivia era un país de indios y como a país de indios había que comprenderlo y encararlo... Comprendió que

toda la vida boliviana de su época era inauténtica; que la frivolidad del arte, la insubstancialidad del pensamiento y la anarquía político-social procedían de que el fundamento de ese mundo era falso y mendaz. Que el barniz europeo ocultaba lo auténticamente boliviano, la realidad misma de nuestro país, que yacía en lo profundo y sin cuya posesión jamás podríamos llegar a su verdad. Comprendió que lo auténtico de Bolivia no eran unos cuantos caballeros que hablaban de París, vestían de frac y chistera y lucían por la Alameda el puño de oro de su bastón; que lo auténtico, lo verdaderamente auténtico de Bolivia era el indio y el cholo, la carne de nuestra nacionalidad siempre vigorosamente creadora, aunque siempre desdeñada e incomprendida".¹

Decía Isaac haciendo hablar al espíritu de Melgarejo: "El porvenir de Bolivia, su futura gloria, su segura grandeza, consisten en que es una nación poblada de la raza más enérgica, más fuerte, más sobria, más batalladora, más apta para la civilización y más fácil para asimilarse los grandes conocimientos del progreso humano. El indio, sea que lo encontréis haraposos e inculto, en los campos o en las selvas, sea que lo encontréis en mangas de camisa en los talleres de la ciudad, bajo el nombre de artesano, sea que lo admitáis en el bufete del abogado, en el escritorio del banquero, en el mostrador del comerciante, o en las oficinas de la administración, es el mismo indio que construyó Tiahuanaco, el mismo que formó la más rica, la más noble, la más expresiva, la más portentosa lengua, el aymará, lengua madre de todas las lenguas vivas y muertas".

Al combatir el espíritu de imitación y la rampante francofilia entonces en boga, añadía: "Contentaos con ser lo que sois; no aspiréis a afrancesaros, o a imitar cualquier otra nación, europea o americana, que haya avanzado más que vosotros, en el camino de la vida".

"Huid de esa monotonía reinante en Sudamérica, de disfrazaros con las costumbres, con los hábitos, con el modo de ser de otros pueblos: seguid siendo indios, como a cada paso os lo recuerdan vuestros vecinos, sin tener en cuenta que ellos son tan indios como vosotros, o acaso indios bastardeados porque los ha invadido el hibridismo, seguid siendo indios pero apropiados de cuanto la civilización ha creado hasta el presente; usufructuad el trabajo, el ingenio de todas las naciones, de todas las razas, de todos los tiempos, sin avergonzaros de vuestra noble y sublime cuna india y antes de ejercer la misión de reivindicación y resurgimiento de esas enormes masas indias que pueblan vuestros llanos y vuestras selvas, volved vosotros mismos los dirigentes, los intelectuales, los guadores de la opinión, volved a ser indios".

Isaac pone más adelante en manos de Melgarejo una idea cara a los Tamayo: "Imitad al Japón, os lo he dicho en alguna otra parte y os lo repito hoy: así como el Japón ha asimilado toda la ciencia, todo el arte, toda la industria mundial, haciendo del progreso universal, la industria, el arte, la ciencia japonesa, sin dejar de ser japoneses, ni por un solo instante; hacedlo sin dejar de ser aymarás".

¹ Roberto Prudencio, *Ensayos Literarios*, Fundación Ballivián, La Paz, 1977.

De la madre, Felicidad Solares, nada se sabe, salvo la pureza de su sangre india. ¿Acompañó alguna vez a su esposo, en sus viajes al exterior? ¿Influyó de alguna manera en la formación de sus hijos, más allá del solícito cuidado y ternura con que los rodeó en la infancia? ¿Fue ella la que, con sus pláticas en la lengua de sus mayores, convenció a Franz de la antigüedad superior y el portento de la lengua aymará? No lo sabemos.

Queda tan sólo el conmovido homenaje filial que le dedicara Franz en el documento de respuesta a Díez de Medina:

“Me recojo un instante.

Pies para siempre helados de mi Madre en la tumba, desde aquí os estoy besando y de rodillas!”.

.....

“Por la línea materna en mi raza y en mi sangre no hay birlochaje. Todas las virtudes de la antigua mujer americana, aureoladas ya por la luz del cristianismo, resplandecen sobre la india soberbia que era mi madre. Nada de birlochaje anfibio, dudoso y delicuescente. El ejemplar humano hecho como de un martillazo por la naturaleza genial y demonial, íntegro, totalitario, perfecto. En mi madre por ningún lado aparece el mestizo, el híbrido ni la mula. Sobre la frente de mi madre resplandece aquella misma majestad no de siglos sino de milenios que sobrecoge a todos cuantos contemplan por un instante Palenque o Tiahuanaco . . . y yo el hombre difamado de siempre, al contemplar el flujo milenario de las sangres me pregunto como en sueños: ¿cuántos de mis abuelos auténticos fueron los arquitectos de Huitaymarca, la ciudad eterna, o cuántos los Ramses o Sesostris del gigantesco imperio, quiero decir los Tamayo de hace cuatro mil años?” Y aquí una vez y para siempre: “en mis venas y gracias a mi madre, no hay una gota de birlochaje putrefacto”.

Convendrá aclarar el sentido que da Tamayo a la palabra *birlochaje*, proveniente, en el hablar popular, de *birlocha*, muchacha nacida del cruce de la chola y el *caballero*, que ya ha abandonado la pollera por el vestido occidental. Tiene, ha tenido siempre un matiz peyorativo. Tamayo atribuye a Enrique Finot la invención del término, y añade que un ser así presenta “todas las pobreza y fragilidades que inferiorizan a la raza, así en lo social como en lo familiar”.

Isaac Tamayo, superior a sus compañeros de círculo político por su versación en asuntos hacendarios y su cultura humanística, era, también, lo más representativo de la clase terrateniente paceña, como propietario de latifundios en la altiplanicie. Alejado de toda actividad política desde la caída del conservadorismo, al parecer concentró todo su interés en la educación de su primogénito, llevándolo primero a sus misiones diplomáticas en Paraguay y Brasil, y luego particularmente a Europa.

Como colaborador de Melgarejo, no sería extraño que se hubiese beneficiado, como hicieron tantos validos del régimen, de la ley de 28 de septiembre de 1868 que estableció la reversión al Estado de las tierras de comunidad,

de los indígenas, para su subasta pública. De ese decreto arrancaron muchas nuevas fortunas.

El hecho es que la familia Tamayo poseía, a principios de siglo, por lo menos cuatro propiedades: Coniri, Yaurichambi, Chacoma, con 200 colonos y varios miles de cabezas de ganado, y Quena-Amaya, quizá la más extensa, de 200.000 hectáreas. Quena-Amaya tenía una espaciosa casa de hacienda, con pisos de madera, lo que era insólito en el medio, una iglesia grande con ricos ornamentos y armonío. La casa de hacienda poseía piano y biblioteca.

El autor preferido de Franz en los años de transición de la niñez a la adolescencia fue Victor Hugo, al que leía, naturalmente, en francés. Años después reconocería esa deuda:

*Fue el amor de su gloria
toda mi infancia.*

Y en las soledades de Quena-Amaya, subiendo y bajando cerros y con la visión permanente de la cordillera nevada, se consubstanciaba de tal modo con el paisaje que llegaría a exclamar:

*Montes graves, graníticas hazañas,
como inánvil galope de montañas!
No pasaréis aunque la tierra pase!
Yo os llevo para siempre en mis entrañas!*

Los primeros años, pasados entre la casa solariega de la ciudad y las visitas a las propiedades rurales, y con sus hermanos y hermanas como compañeros de juego, son para Franz de una felicidad sin contratiempos. Aún no tiene idea de que en Bolivia hay discriminaciones por el color de la piel y tampoco percibe que nada hay más denigrante en el vocabulario corriente que el calificativo de "indio". Los días transcurren apacibles y serenos, entre la amorosa preocupación y cariño de la madre, y la tutela exigente del padre:

*Porque en rosas y miel se abrió mi cuna
mintió sonrisa eterna la fortuna.
Todo se mudó al fin, como se mudan
la onda, el viento, la mujer, la luna.*

En Quena-Amaya, Tamayo escribió su obra primigenia *Odas*, en 1895. Según los recuerdos de su hermana menor, la Sra. Adriana Tamayo de Guerrero, Tamayo, que no asistió a la escuela más de dos meses, recibía clases privadas de humanidades, de piano, de alemán, de latín y de francés, que le enseñaba su padre. Tenía una enorme capacidad asimilativa. La ropa

que usaba el niño, según recuerda su hermana, era importada de Holanda y a Issac le agradaba que sus hijos lucieran impecables. En la ciudad, Isaac asistía todos los días a misa, a las 6 de la mañana, pero no logró nunca que lo acompañara su hijo Franz.

En su segundo viaje a Europa, Franz conoce en Londres a la joven francesa Blanca Bouyon, con la que contrae matrimonio en esa ciudad, sin el consentimiento paterno, y la pareja vive unos años en Europa. A su retorno a Bolivia, conviven unos cinco años más y la unión se disuelve con la partida de Blanca al viejo mundo. Tienen dos hijas: Blanca, fallecida muy tempranamente, y Anita, que vivió hasta los 11 años de edad. La madre y las hermanas de Tamayo acogen con afecto a la cuñada europea y tratan de hacerle la vida llevadera.

¿Fue Blanca la inspiradora de la "Balada de Claribel"? Tamayo nunca reveló el secreto y con los años tuvo incluso a menos a esta gema de la lírica hispanoamericana.

Difícil imaginar el sacudón que debió sentir una joven francesa arrancada del París de la "belle époque", al llegar como residente a la hoy paceña, a fines de la primera década del siglo, para incorporarse al seno de una familia "excéntrica" aun para los cánones andinos, en la que el padre de su esposo mostraba soberano desprecio por la sociedad y la madre no aparecía nunca.

Por entonces la ciudad no contaba con más de 35.000 habitantes, la mayoría indígenas y mestizos. Los primeros vestían camisas y pantalones de gruesa bayeta de la tierra e iban enfundados en ponchos y *lluchus* para protegerse del frío, mientras sus compañeras también iban abrigadas con mantas y largas polleras de manufactura casera. Los cholos habían adoptado el traje "occidental", con el infaltable chaleco, a la usanza de los *caballeros*. Pocos años atrás se había producido, después de cruenta revolución en la que participaron activa y decisivamente los indios aymarás de la altiplanicie, el traslado de la capital de Sucre a La Paz, y ese cambio representó no solamente la declinación de la vieja oligarquía sureña de "la plata perulera" como dijera el escritor español Ciro Bayo, sino el surgimiento de la era del estaño. La preponderancia del Norte sobre el resto del país dio a La Paz un formidable impulso, como cabecera de una nación inarticulada todavía y a la que esperaban terribles pruebas.

El acceso por Buenos Aires o por el puerto boliviano de Antofagasta o el puerto peruano de Arica, por entonces ya en manos chilenas, después del descalabro de 1879 en que ambos países perdieron la guerra, se hacía en largas y agotadoras jornadas de hasta dos semanas a lomo de mula. La vía más fácil resultaba entonces la que, de los puertos peruanos, bajaba hasta el

Lago Titicaca, de dominio común de ambos países. Del lado peruano partía regularmente la nave boliviana "Choya", fabricada en los astilleros de Glasgow e internada, por piezas, a los Andes a lomo de mula. Los viajeros disponían de algunos camarotes para pasar la noche de travesía por el Lago Sagrado. Al día siguiente desembarcaban en el puerto boliviano de Chililaya, donde no encontraban más que los rostros cobrizos de los aymaras cuyo origen se perdía más allá de la colonia española, del imperio incaico, de los reinos collas, más allá de Tiwanacu, en la noche mítica de los tiempos.

Los sirvientes indígenas cargaban entonces el equipaje de los sorprendidos viajeros, a sus espaldas, amarrándolos en sus ponchos, y se dirigían al ferrocarril o a *birlochos*, carruajes ligeros de cuatro ruedas, tirados por cuatro mulas, que hacían el servicio regular de diligencia a la capital. A poca distancia de Chililaya, uno de los dioses tutelares de la tierra, el sobrecogedor Illampu con sus nieves eternas, salía al paso de los viajeros, en el fondo del paisaje, llenándolos de pasmo y admiración. El viaje se prolongaba por toda una jornada, a galope tendido y con cambio de bestias cada tres horas. Ciento veinte kilómetros después los viajeros podían ver, al fondo de la quebrada y desde la ceja del Alto, el pequeño burgo que se arremolinaba a los pies del Illimani. Solamente el centro de la ciudad, que se extendía en torno a la Plaza Murillo por unas pocas cuadras, lucía desnudo de vegetación, pero las chacras aledañas y sobre todo la región de Miraflores, hacía honor a su nombre: bosques y florestas alegraban la vista y en los huertos se encontraba variedad de árboles frutales.

La Paz se hallaba dividida en parroquias: del Sagrario, de la Merced, San Pedro, Buen Pastor, y el límite urbano, en el curso que seguía de bajada el río Choqueyapu que pasaba por en medio de la ciudad, era la Alameda, hoy avenida 16 de Julio. Más allá se encontraban las haciendas de San Jorge y de Rosasani. También los antiguos Obrajes de la colonia habían sido parcelados en pocas haciendas. Las que hoy son avenidas Pando, América y Montes, rodavía eran terrenos anegados por el río y allí se hallaba el Cenital de la Paciencia, que también hacía honor a su nombre pues frecuentemente, en la bajada del Alto, los *birlochos* quedaban atascados y había que duplicar esfuerzos y armarse de paciencia hasta que los sirvientes indígenas y las suftidas mulas pusieran otra vez en movimiento a los vehículos.

Los *birlochos* podían llegar, atravesando la calle Comercio, hasta el centro mismo de la ciudad: la Plaza Murillo, y en efecto, a la puerta del único hotel que podía ostentar ese nombre sin ruborizarse: el Guibert, situado en la esquina misma de la Plaza. Allí, cosa increíble, el viajero podía incluso tomarse un baño de agua caliente, ventaja que aprovechaban cumplidamente las novias pacañas de familias acomodadas que pasaban en él la primera noche de la luna de miel, antes de partir al campo, a alguna hacienda próxima...

Era acentuado el prejuicio contra los daños que podía causar el baño a esas alturas: cuando el célebre explorador inglés Fawcett visitó en el Palacio Quemado al presidente Montes, éste le aconsejó que no se bañara mientras estuviese en la ciudad pues podía contraer una pulmonía.

Unas pocas tiendas, con artículos europeos, alegraban a las señoras de sociedad. Allí, siguiendo los consejos de los catálogos de los grandes almacenes de París, Londres y Berlín, hacían sus pedidos de vestidos y sombreros, que les llegaban seis meses más tarde por la vía del Pacífico.

Debido a los pronunciados declives del terreno, eran pocas las calles por las que podían circular carruajes. El sitio preferido de paseo era naturalmente la Alameda arbolada, a donde se concurría a pie o en carruajes pequeños o *sulkis* tirados por un caballo o una mula. También hacían su aparición algunas bicicletas (la primera de las cuales llegó a La Paz en 1896 causando gran alboroto) e incluso unos pocos automóviles (el primero había sido importado por el arqueólogo Arturo Posnanski en 1904).

¿Cómo reaccionó Blanca ante esa suerte de Tíbet sudamericano que era la Bolivia de principios de siglo? ¿Qué impresión le produjo la pequeña sociedad paceña en la que convivían, como en la Rusia de los zares, siervos y hacendados? ¿Qué pensó ante el espectáculo de las madres indias que despiojaban a sus párvulos llevándose los insectos a la boca cual si fueran confites? ¿Con qué distraía su tiempo mientras el marido —a la usanza del país— pasaba las veladas con sus amigos hablando de literatura o política, o viajaba al campo a vigilar el trabajo de los colonos?

Quizá lo acompañaba alguna vez a las propiedades que tenía la familia, donde, en un ambiente mucho más primitivo y desolado, encontraría algún parecido con las instituciones que existían en la Francia anterior a 1798 y sobre las que habría escuchado alguna lección en sus años escolares. En esas propiedades, el joven intelectual llegado de Europa asumía el carácter que de él se esperaba: el de hijo de don Isaac, terrateniente culto y progresista, pero beneficiario también de un sistema injusto que parecía incommovible. Los niños indios con los que Franz había compartido juegos en la infancia, ahora eran sus colonos y las distancias se mantenían aunque existiese paternalismo de una parte y cariño sincero de la otra.

Un viajero inglés, escalador de montañas, que se atrevió a desafiar al Illimani, Sir Martin Conway, en su libro de recuerdos ¹ ofrece una imagen de primera mano de lo que era una finca en este país. Le recuerda un señorío medieval inglés. La tierra pertenece al propietario y los indios viven apegados a ella, "pero el dominio de los propietarios está sujeto a una multitud de derechos de posesión por parte de los indios. Ellos cultivan las tierras de dominio, el patrón provee la semilla necesaria; cada indio, en retribución por su labor recibe anualmente cierta cantidad de tierra para su propio uso. En la finca, el indio debe realizar tareas para su propietario o para el represen-

¹ Sir Martin Conway, *Climbing and Exploration in the Bolivian Andes*. Harper and Brothers Publishers, New York and London, 1901.

tante de él, lo que le está prohibido hacer para ningún otro . . . Por supuesto, fuera de la tierra, un indio está condenado a morir prácticamente de hambre, así como está sujeto a la misericordia del propietario de la finca. Por otro lado, el propietario depende de los indios para el trabajo; si algunos fueran echados, la propiedad se desvalorizaría. . . el único sistema de agricultura que los indios entienden es el sistema prehistórico de sus antecesores y creo que es prácticamente imposible introducir métodos de mejoramiento porque los nativos son intensamente conservadores”.

Poco se sabe de esta etapa de la vida de Tamayo: desorientado ante los caminos que se le abren, estudia medicina, instala una tienda de ropa y objetos de arte, escribe en los periódicos, administra las propiedades paternas, se sumerge en el idioma aymará que dominaba desde su infancia, realizando la traducción de la *Gramática* del profesor Middendorf.

Algo hace sin embargo para distraer a su esposa francesa: los días domingos institucionaliza la tertulia con los cónsules de Francia e Inglaterra, en la casa que ocupa la joven pareja en la calle Alameda.

No obstante, dadas las circunstancias, las culturas diferentes y, sobre todo, la muerte de la primogénita, el rompimiento resultaba inevitable. Pero Blanca conservó siempre a la distancia cariño y admiración por Tamayo. Y quizá pensando en ella, algunos años después, Franz pondría estos versos en labios de Psiquis:

*Dolor, dolor, dolor!
¿Conoces el dolor
que amuda las gargantas
que se dicen adiós?
Y el silencio sin lágrimas
con que se entierra un sueño
muerto en el corazón?
Tremor de despedidas,
verano que se furia,
valle que se muere ya!
Mustias sombras errantes
de las melancolías;
funerales tambores
de los otoños pálidos!
Crepúsculos supremos!
Tristeza de tristezas!
Decidme la congoja
de un sueño que se entierra
muerto en el corazón!*

Tamayo cuenta 31 años de edad en 1910, cuando escribe sus editoriales sobre los males de la educación en Bolivia y la nueva pedagogía que propugna para el país.

Por entonces conoce a Luisa Galindo y se enamora de ella. La pareja se une sin necesidad de requerir ningún documento al registro civil y menos a la Iglesia católica. Es el puro y simple amor que llena el corazón de gozo y fecunda con su limo el río de la estirpe humana. La familia de Tamayo —madre y hermanos— se oponen a la alianza y será Luisa, con su abnegación y dulzura, la que asegure para siempre una unión que parecía precaria. Una muchacha como ella pudo inspirar el “Romance aymará”:

*Qué sabor tiene el perfume
que exhala tu obscura tez!
Como una flor se consume
mi beso en tu obscura tez.
¿Qué tibio imán invencible
envuelve tu obscura tez?
—Una víbora invisible
virtió su magia en tu tez!*

*Desmayan en pleno vuelo
las aves si oyen tu voz.
Dulce envenenado anhelo
la muerte fluye en tu voz.
¿Qué caricia aborrecible
rompe en cristales tu voz?
—Una víbora invisible
canta ardorosa en tu voz!*

*Amor tu cadera enarca
y vierte su fiebre en mí
Como en mecedora barca
mi afán apareja en mí!
¿Qué sortilegio terrible
sacude tu cuerpo así?
—Una víbora invisible
baila enloquecida en mí!*

Ese es, para Tamayo, el tiempo del impulso fecundo y de los grandes proyectos: funda un partido y dos periódicos, publica folletos y libros, escribe artículos en la prensa, desafía a los liberales en el Parlamento mientras surgen rivales y enemigos a los que se enfrenta con las armas de la época, brulotes en la prensa o duelos al amanecer. La vida se le ofrece espléndida de promesas y sugerencias:

*Un encantado arcano
me halaga y me despierta.
Soplo de un mundo ignoto
y afán de nuevo cielo,
es un ansia infinita
y un anhelo invencible.
Sobre mis labios áridos
una sed implacable,
sobre mis ojos vívidos
es un sueño obsesor.
Y a ese sueño no basta
toda la luz del cielo,
y esa sed no satura
todo el frescor del mar!*

SU OBRA

De las varias facetas del intelecto de Tamayo, la más trascendente, sin duda, es la poética. Su primer libro es *Odas* (1898) donde intenta plasmar en verso la historia del país desde el momento en que entran en colisión los conquistadores españoles con el imperio incaico. En su prólogo, Tamayo se muestra enemigo del modernismo al que acusa de un:

empeño descuidado de reducir el Arte a los estrechos límites del cultivo de la forma; el afán febril de originalidad y singularización, que generalmente degenera y aborta en extravagancia; la miopía intelectual respecto del porvenir; la indolencia morbosa respecto del presente; el desprecio por la angustia; el espíritu de lujuria que respiran todas las creaciones modernas; la preponderancia de la imaginación sobre la inteligencia... Hoy el poeta es un libertino y la musa una bacante. Hoy se hace el arte por el arte y el arte es un fin. De ahí que el arte en nuestros días, o es inercial o es falso, lo cual, miradas las cosas en su fondo, no es más que otra especie de inmoralidad.

En 1917 publica *La Prometheida o las Océánides* (tragedia lírica) escrita en endecasílabos y heptasílabos. La pieza, en un acto, contiene 4.037 versos sin rima. Los personajes son Psiquis, Palas, Athena, Apolo, Ares, Iris, el Coro de las Océánidas, Melifrón el ruiseñor, y la acción tiene lugar en el Cáucaso, al amanecer.

En esta recreación de la leyenda de Prometeo, Psiquis invoca su amor hacia él, encadenado en el Cáucaso y condenado a sufrir que un buitre lo devore por orden de Zeus, que no le perdona haber querido levantar a los hombres de su postración. El coro compadece a la Océánida y le pregunta por qué ama a Prometeo y ella replica que le conmueve su genio y su dolor. Aconsejada por el coro, Psiquis llama en auxilio del Titán a Ares, dios de la Fuerza, que llega precedido por Iris y es escoltado por el Miedo y el Terror, pero el dios le dice que le es imposible ayudarla y desaparece. A continuación es convocado Apolo, a quien Psiquis entona su canto de amor a Prometeo y le pide ayuda. El dios le contesta que Prometeo se salvará por la Lira. Athena, a su vez, revela a Psiquis que Prometeo se halla más allá de la muerte y la ninfa comprende que para unirse a su amado también debe sacrificar su vida. Los dioses acuden al Cáucaso a presenciar la muerte de la heroína y surge entonces el canto de Melifrón, el ruiseñor invisible.

Se han dado numerosas interpretaciones de esta obra teatral, considerada como el texto poético fundamental de Tamayo y escrito no para ser representado sino leído. Según Carlos Medinaceli, expresa "en su sutil símbolo, la angustia del Ande sediento del mar". Por su parte, Harold Osborne sostiene también que el Prometeo del poema tamayano es un símbolo de la Bolivia mediterránea y encadenada: "aunque a menudo se ha considerado artificial su impulso helenizante —dice el crítico inglés— nadie negará su pulcritud de forma, su riqueza lexical, su destreza rítmica, su audacia metafórica, y algo que no se menciona con tanta frecuencia, su profunda angustia, su tre-

menda emoción hasta el punto que aún hoy me pregunto si se trata de una proeza lírica tan sólo, o si además no hay en ello una confesión (irreprimible) de la colectiva e individual tragedia boliviana; su mediterraneidad y su aislamiento entre las cumbres". Y cita, a este propósito, un fragmento de *La Prometheida*:

*Odio los montes, odio!
Toda la altura es funesta,
O es pedestal de gloria,
o es peana de suplicio,
todo igual! Mas el hombre
trasunto de ave, pájaro
que en vez de volar piensa,
miró siempre nostálgico
al sol y a los azules:
tal su amor de la altura.*

Guillermo Francovich afirma que "es un poema en que la realidad adquiere perspectivas grandiosas, en que todo alcanza categoría sideral y cósmica y el alma se siente transportada a un mundo que se dilata por el esplendor de su propia belleza, pero que un día desaparecerá como sueño".

Humberto Vásquez Machicado, basándose en las propias ideas de Tamayo sobre la identidad de la poesía con la música, compara *La Prometheida* con una sinfonía de corte wagneriano en la que pueden advertirse cuatro movimientos: el primero un *scherzo*, constituido por el diálogo de las Oceánidas con Psiquis; luego el *allegro staccato*, representado por la intervención de Ares, llena de fuerza, pero a la vez incapaz de remediar la aflicción de Psiquis; a continuación un *adagio*, formado por anuncios de Apolo, y finalmente el *andante maestoso*: las predicciones de Athenea y el adiós a la vida.

Tras este libro viene *Nuevos Rubayat* (1927) que contiene 262 cuartetos. En lo relativo a la forma, Tamayo sigue el ejemplo del poeta de Nisapur, pero se aleja de Omar Khayyam en cuanto a su propia concepción de la Vida. En los versos endecasílabos de Tamayo se encuentran reflexiones sobre la verdad, la sabiduría, el tiempo, el enigma divino, la poesía, la ilusión, el misterio metafísico, la historia, así como trozos autobiográficos; luego *Scherzos* (1932), plural españolizado del verbo italiano *scherzo* (*scherzi*, en plural) que equivale a broma o juego, y en el título se transparenta el propósito del poeta que expresa esa intención ligera de su canto en seguidillas, estrofas de siete versos, formados por heptasílabos y pentasílabos; a continuación *Scopas* (1939), canto dedicado a la Belleza como única realidad sagrada, ultraterrenal. El argumento gira en torno a Scopas, escultor cuyo amor se disputan Doris y Aglae, la primera representante del amor sensual y la segunda del espiritual. El diálogo entre los tres personajes transcurre en el taller-jardín del artista, donde se encuentran varias esculturas salidas de su cincel. Intervienen también tres coros: "de Esperanzas", "de Amores" y "de Potencias". La obra está dedicada a la memoria de su hijo Ruy Gonzalo, fallecido mientras hacía el servicio militar durante la guerra del Chaco, y a

quien en el Preludio, Tamayo llama simbólicamente con el nombre de Adonais, del griego "adoná", goce sumo.

Y finalmente, *Epigramas griegos* (1945) en número de 302, bajo la influencia, según manifiesta en la introducción, de la Antología griega, recolección de versos breves de autores clásicos helenos. Los epigramas están escritos en hexámetros trímetros y se refieren a motivos estéticos, vivencias personales y loas a grandes poetas del pasado.

En cuanto a su obra en prosa *Creación de la pedagogía nacional* (1910), es considerada justamente una de las obras capitales de la literatura boliviana en el siglo XX. De ella escribió Carlos Medinaceli (en 1934): "ha tenido que esperar cosa de treinta años para imponerse en la conciencia de América y ser apreciada en lo que realmente es: la ideología precursora de un americanismo que sólo ahora está cuajando en doctrina". Hasta el triunfo de la revolución "federal" (1899) cuyos resultados visibles son el traslado de la capital de Sucre a La Paz y el ascenso del partido liberal al poder, puede decirse que la escuela boliviana, pese a las iniciativas de personalidades preclaras como Victorian de Villalba, Simón Rodríguez, Narciso Campero y otros, había permanecido fiel al espíritu dogmático y oscurantista de la colonia.

Después de veinte años de regímenes conservadores, los liberales aparecían como los portaestandartes del espíritu racionalista y científico que provenía de Europa, y que había hecho del progreso una religión y de la escuela la palanca del cambio social.

El país había superado penosamente los traumas provocados, en una sucesión de pocos años, por la guerra civil de 1899, el tratado de paz con Chile que significó la pérdida del litoral y el tratado con el Brasil que representó la pérdida del Acre, y el gobierno de Montes disponía de las pocas libras esterlinas con las que ambos países creyeron sórdidamente consolar el dolor boliviano. En todo caso, ellas sirvieron para que el enérgico presidente trazara planes de modernización en varios campos, entre ellos el de la educación.

Con este objeto envió a Europa una misión compuesta por Daniel Sanches Bustamante, Felipe Segundo Guzmán y Fabián Vaca Chaves, para que estudiaran los sistemas educativos de Francia, Bélgica, Suiza, Inglaterra y Alemania y contrataran un grupo de educadores destinados a formar la primera Normal de maestros y reorganizar la escuela boliviana. El libro de Tamayo se originó en la polémica que tuvo con uno de estos comisionados: Guzmán.

Influenciado por la filosofía alemana, Tamayo recoge ecos de Ratzel, Nietzsche, Goethe y sobre todo Fichte. *Los discursos a la nación alemana*,

dirigidos a un pueblo deprimido y desorientado, parecían haber inspirado la acción redentora que se propuso Tamayo en relación a sus compatriotas. También hállase el ascendiente de Taine en cuanto al medio y las ideas sobre la raza. Sostiene que el problema pedagógico boliviano no se resolverá en Europa, pues no se trata de recrear en los Andes nuevas Francias o nuevas Alemanias, sino formar con los elementos que ofrece la raza un país original que aproveche las técnicas y la alta cultura de Occidente, pero sin vender su alma, sin perder su identidad y sus viejas virtudes. Constantemente tiene ante sí el ejemplo del Japón, país que ha hecho ese recorrido, poniéndose a la par de los países europeos pero sin perder su legado cultural.

Expresa por tanto que debe desecharse el "bovarismo" pedagógico que consiste en copiar sistemas educativos concebidos para otros pueblos y señala que la cuestión fundamental no está en la simple instrucción, en el atiborramiento de materias dentro de un "bachillerato imbécil" (¡el mismo de 1978!) que pretende formar "cabezas universales" con todo género de ciencias y doctrinas de acuerdo al enciclopedismo del siglo XVIII, sino lograr el carácter nacional. La pedagogía debe ser pues formativa y educativa antes que proveedora de simples conocimientos. Descartando el altruismo que pensadores de los grandes países predicaban al resto del mundo, como un opio enervante, proclama que el único ideal humano es "la preparación de las fuerzas de la nación no en vista de un posible y necio siglo saturnino de paz y de concordia universales, sino en previsión de que la vida es lucha, sin tregua, lucha de intereses, lucha en todo terreno y en todo género, lo mismo en los mercados que en los campos de batalla".

Encuentra que la escuela, tal como existe en Bolivia, pervierte al indio y envilece al cholo y que las universidades, comparativamente más numerosas que las de Francia, constituyen un sarcasmo por la presunción de sus objetivos y las mezquindades de sus resultados.

Dentro de un enfoque que ha sido calificado de racista por F. Díez de Medina, pues no toma en cuenta para nada al segmento de origen hispano de la población en sus especulaciones, sugiere una clase de educación para los indios, dueños de "gran voluntad y pequeña inteligencia", y otra para los mestizos, inteligentes pero aquejados de desorden, indisciplina y superficialidad. Para los primeros requiere una pedagogía de amor y paciencia, y para los segundos una escuela disciplinaria y concentrada en pocas materias. La regla de oro debe ser enseñar poco y bien y no mucho y mal.

En suma, Tamayo propone una pedagogía que pata de la idiosincrasia del niño boliviano, sobre quien el medio ejerce decisiva influencia; plantea también —contradicción aparente— que en el descubrimiento de esa pedagogía intervengan eminencias europeas que con los métodos científicos más modernos señalen las formas y contenidos que deberá tener la educación.

En esta obra se adelanta a Toynbee al señalar el acicate creador de la adversidad en el desenvolvimiento de los pueblos, aplicando esa idea a los moradores del Kollasuyo. "Se olvida que Inglaterra —dice—, no ha sido

más que una yesera y los Países Bajos un pantano y que es un hecho frecuentemente confirmado en la historia que la grandeza de una raza está en proporción de las dificultades vencidas en su lucha con el medio y con los elementos ambientes”.

Sus proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia, datan respectivamente de 1905, en que se publicó el primer fascículo, y de 1924, cuando apareció el segundo. Entre sus folletos importantes figuran *Crítica del Duelo* (1912) y *Horacio y el arte lírico* (1915), ensayo en el que, comentando la poesía del clásico latino, Tamayo expresa su propio pensamiento sobre la lírica:

Para Horacio lo fundamental es decir cosas inauditas en latín, violentar la sintaxis para obtener efectos poéticos más extraños y líricos. En Horacio un arte sabio pone la esmeralda junto al oro y los zafiros tenebrosos junto a los diamantes imperiales. Las amatistas se ciñen de platino helado y los berilos traen el recuerdo del mar lejano. Ese fulgor del estilo, ese esmalte que cobran las palabras por el solo hecho de juntarse de cierta manera, esa magia envolvente y conquistadora que se desprende de ciertos rítmicos y ciertos sonos, es la mayor ciencia técnica dentro de la más grande simplicidad... El misticismo medieval, el subjetivismo y un romanticismo invencible, hacen que el genio creador ni pinte ni esculpa; musicaliza. Se Horacio manijista: "Ut pictura poesis", la lírica moderna responde: "Ut musica poesis".

Fueron numerosos sus panfletos, con los que alcanzó mayor fama que con su poesía. Lugar destacado entre ellos ocupa *Para siempre*, furibunda réplica a la biografía (*El hechicero del Ande*) que le dedicara Fernando Díez de Medina en 1942. Ni su vasta producción de artículos de prensa ni sus discursos parlamentarios han sido reunidos en volumen.

CRITICOS EXTRANJEROS

Una de las patadojas de Tamayo es el absoluto desconocimiento que tiene el público boliviano (y naturalmente el americano) de su obra y la actual celebridad de su nombre en el país. Sus libros se publicaron a principios de siglo en ediciones costeadas por el autor y que alcanzaban a 1.000 ejemplares. Salvo *La Prometheida*, que Tamayo hizo reeditar en 1948, ninguna de sus obras poéticas ha vuelto a las prensas.

Sin embargo, en dos encuestas, una de 1950 que hizo el periódico *La Razón* y otra el vespertino *Ultima Hora* en 1973, entre personas destacadas en distintos campos, sobre las mayores personalidades bolivianas del siglo XX, el primer nombre mencionado fue el de Tamayo. A su muerte, en 1956, llovieron sobre sus restos todas las condecoraciones y su nombre figura ahora en plazas e instituciones. Su fama se debe a algunos versos, pero particularmente a sus actitudes en la vida pública, sus ruidosas polémicas en las

que no hubo rival que pudiera permanecer en pie, y particularmente, su posición intransigente y dolida frente a la injusticia de la forzada mediterraneidad de Bolivia. En ese punto fue el adalid indiscutido de la causa de la reintegración marítima.

Otra de las paradojas de Tamayo es la celebridad americana que llegó a alcanzar en vida y el casi absoluto olvido en que se le tiene ahora fuera de Bolivia, cuando los nombres de maestros como González Prada y Mariátegui o Aníbal Ponce, José Ingenieros, Alfonso Reyes, o poetas como Darío, Vallejo, Lugones, Huidobro o Neruda, continúan siendo discutidos y apreciados y sus obras son periódicamente reeditadas y comentadas. Mucho de esto tiene que ver con el encierro físico y espiritual en que se halla Bolivia y con el menosprecio que los poderes públicos y los empresarios del nuevo riquismo vacunado sólidamente contra cualquier expresión del espíritu, manifiestan hacia la cultura.

Y sin embargo, no siempre fue así. El nombre de Tamayo traspasó las fronteras en las primeras décadas del siglo. Sus mensajes a los jóvenes de Perú y Costa Rica, que le fueron solicitados, demuestran que su nombre y su obra interesaba no solamente a los círculos académicos sino también a las juventudes de América. Pasemos revista a algunos juicios críticos del exterior que prueban este aserto. Para Mario Saitelli, el fino y culto crítico italiano, *La Prometheida* "es una de las más insignes producciones del simbolismo, del tema filosófico, dramático y lírico. Poesía enérgica y viril, atrevida y fecunda, alada y flexible. *La Prometheida* sólo puede compararse al *Himno de las Gracias y las tumbas* de Póscolo. Hay que volver a los estudios clásicos para comprenderla. Para entender la gloria del paganismo, al griego; para absorber la hondura del vuelo cristiano, al latín. Para entender a Tamayo será preciso regresar al humanismo de dos mil años, a la meditación trascendental".

El español Juan Bardina señala: "Pranz Tamayo es la estampa viva del indio auténtico en toda su potencia. Es una potencia que lanzada desde el trampolín de una virginidad étnica, pierde poco de su fuerza inicial y puede llegar más arriba que la potencia media de un hijo de Europa".

"Hijo del Titicaca y de los asombrosos misterios de Tiwanaco, tiene la fina sensibilidad que guarda la raza bajo los pliegues de su poncho policromo, que a Tamayo le sale a la piel, afinada por una educación perfecta en los grandes centros culturales de París. De ahí que en su persona se aúnen los melancólicos pozos de la tradición ancestral de una raza hecha tragedia y los más refinados aportes de la más alta cultura europea... es un enamorado de la literatura mística española y también de la honda literatura hindú: pasea por los ocultos senderos del alma con la fruición del pensador. Y es así como en su vida de hombre público trasciende ese interior contenido, vecino a veces de las regiones hipersensibles y extenuantes de una nerviosidad siempre tensa".

Veamos las opiniones de dos escritores peruanos. El primero, Luis Velasco Aragón, quien afirma: "Franz Tamayo es un espectáculo de osadía en América. La planta humana nunca se substanció en agresividad pensadora como en este paradigma de andinismo vernacular que cual un nuevo Zaratrustra, sabe romperse diciéndonos su llamado en el Illimani. . . lo más sustancial que el continente ha producido como arte y pensamiento. . . polémico en tono mayor con un vibrar de rayos. Recién con él se anuncia el pensamiento andino: fuerte, frío, duro. . . revela el imperio de la intuición que vuelve a la naturaleza para robarle su fuerza y su secreto. Nada libresco. Su fuego es un fuego inmemorial que lo invade y lo ilumina. Ha extraído lo eterno de la raza, y así iluminando escribe y habla como una voz de los Andes que fuera tormenta. Y es tormentoso y dinámico cuando habla o escribe. Habla a golpes de relámpago, flagela con látigos de electricidad nerviosa. Pero siempre es como una voz de los Andes que fuera tormenta. Pero siempre es como el agua, fresco, puro, fortaleciente.

Luis Alberto Sánchez opina: "Causa sorpresa cómo este hombre de acusado y arrogante abolengo mestizo, metido en el corazón de la montaña, alejado físicamente del mundo, ha podido acendrar una expresión poética tan alquitarada como la que luce en sus libros".

"En él, el verso llega a una síntesis implacable y la metáfora alcanza considerable altura. Tamayo, pese a todo reparo, es el mayor poeta boliviano de todos los tiempos".

En su obra *Escritores representativos de América* (1964) Sánchez señala un paralelo notable: "Un buscador de literatura comparada —dice— podría encontrar en *La Prometheida* de Tamayo (de antes de 1917) coincidencia con el Paul Valéry del *Cementerio marino*. . . La cronología podría demostrar (si fuese decisiva) antecedentes de Valéry en el boliviano, rasgos imprevistos y originales en todo su arte refinado", por ejemplo:

*Desde que alzaron a correr los ríos,
menos aguas fluxeron a los mares
que lágrimas bebió la tierra estéril!
Mas tú, doliente, enloquecida ninfa,
¿por qué nuevo Titán, plañiendo imprecas?
¿Quién te arrancó de la espumante y fresca
gruta marina en que jugando moras,
y en pos de tantas ninjas escorrimos
cual blanca grey que lleva dulce esquila?
¿Qué nuevo asán tu corazón remuerde
como oruga voraz en lierna rosa?
¿Qué me traes al pie del bronco monte,
trofeo de dolor, lugar de oprobio,
y reabres fiera el manantial de lágrimas?
¿Qué sendero falaz tu planta busca,
qué fuente ignota el sibubundo labio,
qué sombra de árbol su rendida frente?
Di qué dolor debo llorar ahora,
constante adormidora de tormentos,
perenne arrulladora de tristezas!*

.....
*Hija del mar, jamás en el verdoso
palacio especular de jade límpido
sentí lamento más desesperado,
ni supe cómo puede ser en veces
la vida más amarga que la muerte.
¿Cabe tanto dolor bajo el cielo?
¿Puede algún corazón, sangrante criba,
sangrar así sin estallar mil veces?*

El argentino Juan José de Soiza y Reilly se pregunta en 1920: "¿De dónde sale este hombre? ¿De qué nube surgió este escritor de maravillas?"

"De ninguna. Es un hombre de Bolivia. Es un hombre de América. . . Como poeta Franz Tamayo es superior a todo lo moderno. Es un clásico y es un futuro. Su tragedia *La Prometeida* es un poema luminoso. Como prosista es un herrero de ideas superiores al ambiente. Muerto Rodó, Franz Tamayo puede reemplazarlo. Rubén Darío que tuvo siempre el talento y la osadía de buscar oro en América, encontró en Tamayo una mina secreta. Con aquel su romanticismo desinteresado que le hizo víctima de sus propias virtudes, Darío proclamó antes que nadie las excelencias de este hallazgo . . . "

"Franz Tamayo, cuando sea conocido a fondo en los aduares del Río de la Plata, será un maestro de la juventud. Ya lo es en Bolivia, donde la aspereza de sus verdades hace crispár los puños de los falsos conductores del pueblo".

Y el chileno Hernán Díaz Arrieta ("Alone") escribe en 1942: "Franz Tamayo no habita solamente en Bolivia, se halla esparcido por todo el continente; "su nombre es legión". Escuelas, partidos, publicistas, pensadores o pseudo-pensadores tratan de sacarlo a luz, de exaltarlo, de llevarlo al gobierno, de darle una autoridad que llaman "profundamente democrática" reconociéndole derechos pre-históricos para mandar en estas tierras de conquistas. Las masas, hábilmente movidas desde fuera, invocan su nombre y se preparan al asalto, o sea a la reconquista. "De tres siglos lavamos la afrenta . . . "

El crítico inglés Harold Osborne afirma que "Tamayo pertenece a la modernidad de poetas por la audaz originalidad de imágenes, la cabal pertinencia de los sentimientos y su maestría en la lengua para una evocación precisa de la emoción. Como todo gran poeta, ha creado su propio idioma, el cual puede ser señalado pero no exhaustivamente analizado. La fusión de lo abstracto y lo concreto en su imaginativa, la identificación de lo intelectual, lo sensible y lo emocional en él, es espontánea y completa. Arraigado como está en la literatura y quizá más profundamente aún en los clásicos, es con todo un poeta de sensibilidad americana . . . Debe mucho a la cultura de Occidente, pero lo que debe lo ha asimilado y hecho propio. Su contribución consiste en una sensibilidad propia de su raza, de su país y de su experiencia, como se lo impusieron en su vida. Todo esto lo ha asimilado, y de ello ha creado una obra que como todo grande arte, tiene una trascendencia humana y universal".

Es Osborne también quien ha destacado "la profundidad intelectual y la austeridad de la forma poética" de Tamayo, que alcanza una "grandeza clásica" a la que no llegan poetas como Neruda y Vallejo y cita a este propósito el "Interludio Cuarto: *Fessi Rerum*":

*Viste caer los fuertes?
Nada hay como esas muertes.
En el celeste campo
se apagan las soberbias lampo a lampo.*

*Una hoz asesina:
siega el junco y la encina,
Cuanto más ruda la embesida
tanto más cierta la caída,
y a fin, bajo el oprobio o los loores,
los más vencidos son los vencedores.*

*Pero algo todavía
rompe mejor el corazón que siente:
es la verdad que miente,
es la virtud que pliega, y la agonía
de la ciencia impotente;
y algo más triste todavía:
el sollozo silente
de la sabiduría!*

Finalmente, para el novelista paraguayo Augusto Roa Bastos, Tamayo es "el primer poeta de América".

LA CRITICA NACIONAL

Los contemporáneos de Tamayo vieron su obra con una mezcla de escepticismo, incomprensión y envidia. Gladiador en la arena pública, se juzgó su obra sociológica y pedagógica, y lo que es peor, también su poesía, como si fuesen inseparables de su ser político. Y abundaron entonces las pullas, las imitaciones burlescas o los insultos puros y simples. Una de las bromas más pesadas que se le hizo a Tamayo estuvo a cargo de Humberto Muñoz Cornejo y Gustavo Adolfo Otero, espíritu este último, incorregiblemente juguetón, cuya pluma, en los años de su juventud, hirió sardónicamente a personas e instituciones en las columnas de los diarios. Muñoz Cornejo dirigía el periódico *El Tiempo* y allí apareció un ensayo abundando en maduras y bellas consideraciones sobre *La Prometheida*. Era la primera vez, fuera del comentario que le dedicara Daniel Sánchez Bustamante, que alguien se ocupaba con afecto y admiración del poema. Tamayo se interesa en saber quién se esconde bajo el seudónimo de *Pertinax* que apatece al pie del comentario y dirige una carta al director de *El Tiempo*, agradeciendo la gentileza de la

publicación e inquiriendo sobre su autor. Al día siguiente, el diario publica una nota informando que ha sido sorprendido en su buena fe y que se trata de una broma de mal gusto: el comentario no es más que una reproducción, adulterada, de un capítulo de *Las dos carátulas*, de Paul de Saint-Victor.¹

En el mismo periódico se publicó en ediciones sucesivas, en el mes de junio de 1917, una parodia de *La Prometheida* en cinco partes, adulterando y deformando sus versos de manera de lograr un efecto cómico y grotesco. El esfuerzo, no cabe duda, debió ser obra de un grupo de poetas que desde el anonimato se tomaban venganza contra cualquier desaire, verdadero o supuesto, que les hubiese hecho el autor del libro, o que, por encargo de los jefes republicanos, humillaban de esta manera al jefe del radicalismo. Sería aventurado atrevernos a dar algunos nombres de los autores de esos versos recurrentes y malignos, y tampoco vale la pena reproducirlos a esta altura.

El tiempo no estaba maduro para la comprensión, ni siquiera para la apreciación inteligente: José Eduardo Guerra, en su libro de *Poetas contemporáneos de Bolivia* (1920) señala que *La Prometheida* "encierra ideas de un simbolismo demasiado abstruso que el tiempo y la crítica serena se encargará de acatarlas siquiera en parte o de reputarlas absurdas", mientras que Rosendo Villalobos, a quien se encomendó redactar el texto sobre literatura boliviana que figura en el libro oficial *Bolivia en su primer centenario* (1925), hablando de *La Prometheida* escapó del compromiso aduciendo este curioso argumento: "Para quienes somos ignorantes en el conocimiento del griego... no hay más que confesar la imposibilidad de apreciar el valor literario de esa obra".

Su alejamiento de la política en 1934 y su encierro en la casa de la calle Loayza por una década, contribuyeron a que la opinión como los contenidos en el número que le dedicó la revista *Kollasuyo*, que revelaban una mayor cultura y sensibilidad en sus autores. Era además otra generación. Jóvenes intelectuales de mayor versación literaria que sus mayores, como Roberto Prudencio, Augusto Guzmán, Guillermo Francovich, para citar a unos pocos, escribieron densos estudios sobre Tamayo.

Prudencio, al hacer la presentación del bardo en *Kollasuyo*, expresa entre otros conceptos:

"Tamayo encierra en sí un artista y un pensador; un cerebro inmensamente cultivado al lado de un espíritu hondamente intuitivo. De ahí que su

1 No obstante, en su madurez, G. A. Otero tuvo tiempo de arrepentirse y escribió en su *Crestomatía boliviana* (1942): "Tamayo es el diamante negro de la literatura boliviana contemporánea. Proteiforme en sus manifestaciones intelectuales, es sobre todo, artista: ama la crudición y la filosofía. Es fiero, audaz, acomejivo, irrevetente, de recios músculos de Hércules y con una abundante traza de forjador. Poeta épico, con pulmones de Hugo, es sin duda el más alto exponente de la lírica boliviana y por su fuerza y vigor se le considera como el maestro de las letras bolivianas".

obra poética contiene las más secretas adivinaciones y al mismo tiempo la forma más culterana y trabajada. Por eso es una obra que desconcierta... La poesía de Tamayo, como toda verdadera poesía, no contiene sino valores puramente poéticos y son estos valores y no otros los que hay que tratar de descubrir y de gustar”.

“Después de su primer libro *Odas*, que se publicó como en un gesto de reto al modernismo, Tamayo se convierte en el modernista más quintaesenciado, el que debía llevar las audacias verbales hasta sus últimas consecuencias. Tamayo es un verdadero mago de la palabra; en sus manos, el idioma cobra matices y sonoridades insuperables. Conoce todos los recursos y todos los secretos de la lengua y por eso también se permite las mayores osadías y libertades. Emplea neologismos griegos y latinos y retuerce y endereza los vocablos a su caprichosa voluntad... su poesía no es sino un divino jugueteo, un continuo malabarismo de términos y vocablos que nadie ha podido igualar. Tamayo es sin duda el supremo artifice del verso en castellano”.

Enrique Finot, en su *Historia de la Literatura boliviana* (1943) hace un breve balance de la obra poética tamayana, destacando la incompreensión de que fue rodeada por sus contemporáneos y concluye afirmando que “el juicio definitivo sobre Tamayo lo dirá la posteridad, no tanto porque hasta el presente se le discute y sólo excepcionalmente se le comprende, cuanto porque su figuración política ha sido objeto de controversias en las que el interés partidista no ha tenido la hidalguía de marcar un límite entre la actuación del caudillo y la obra del pensador y poeta. Pero no es aventurado declarar que se trata de una de las más altas figuras de las letras americanas”.

Augusto Guzmán, en su apreciación definitiva, contenida en el libro *Poetas y escritores de Bolivia* (1975), señala:

“Tamayo es una de las personalidades más recias de la generación del 80: esa que habiendo nacido en la conmoción de la guerra del Pacífico, desplegó su enérgica creadora en los años de este siglo. Siempre interesó el movimiento cambiante de esta figura espectacular, sabia en actitudes y gestos, elocuente hasta en sus silencios estudiados: “mi silencio es más que el mar que canta”, caprichoso, desconcertante, en pugna con el medio alto peruano que no logró dominar ni rebuir cuando alternaba las horas de la lucha más empecinada con las del aislamiento más recogido. Tuvo el orgullo adusto de la cumbre erbiesta y solitaria. Genio inconforme y melancólico, su orgullo era como la cresta luminosa de una ola sobre el mar salobre del dolor. En su vida y en su obra el sentimiento que le rebasa es el dolor. Un dolor alto y profundo, sangrante y lacerado, trenzado de gritos interiores que se disuelven en musical desolación, sin alcanzar las explosiones externas de los sollozos. Tal ocurre en “Balada de Claribel”, una de las joyas de la lírica castellana, donde un alma varonil, herida de ausencia, llora con la tierna dulzura y la inconsolable desesperación que sólo pueden alcanzar a expresar los espíritus privilegiados. Tamayo fue grande y glorioso, pero no fue un hombre satisfecho y feliz sino en la manera burguesa: un terrateniente de economía saneada, un ren-

tista asegurado. No conoció el dolor proletario de los intelectuales sin hacienda. Pero en cambio el medio social no le dio sustancialmente sino abrojos. Bebió largamente de la copa de la incomprensión humana”.

Osear Cerruto señala a su vez que “si bien Jaimes Freyre es la primera dignidad del Modernismo en Bolivia, su condestable y su poeta cimero, Tamayo es la mayor figura intelectual del siglo y medio de la República, con una personalidad avasallante, una obra de poesía que, si prescindimos de sus altibajos y de su intrincación léxica, es una de las más profundas que se hayan escrito en América”. El mismo autor ha destacado en Tamayo a un precursor de las acrobacias verbales que difundiría el ultraísmo, muy anterior por cierto a Huidobro, como lo prueba en el canto de Melifrón, de *La Prometheida*:

Oh vilo, vilo, vilo!
Roto el fatal sigilo,
oh vilo, vilo, vilo!
.....
Oilo, oilo, oilo!
wemar como un pistilo
eréctil y vibrátil.
Era el misterio umbrátil
sutil, sutil, sutil,
gentil como el abril
y hostil como el reptil.
Era el misterio errátil,
volátil y versátil!
Roto el fatal sigilo,
oilo, oilo, oilo,
oilo, oilo, oilo!

En este coro de reconocimiento entusiasta, incluso fervoroso, hubo tres voces disidentes a las que no se puede ignorar, tanto por el peso específico que tienen dos de ellas en la cultura boliviana: las de Carlos Medinaceli y Augusto Céspedes, como por la profundidad y brillo que sus críticas y las de Antonio Albornoz Reyes —que es la del tercero— alcanzan.

Albornoz Reyes es el caso de uno de los mejores escritores de esa generación, la del Chaco, cuyo talento se frustra por la indiferencia aplastante del medio ignaro y las exigencias de ganar de cualquier manera el sustento diario. Modesto empleado del Congreso por muchos años, impecune siempre, se refugió en la lectura para combatir las amarguras de su vida.

Lo perjudicaban su timidez y su sentido del honor caballeresco en un medio donde abundan los rufianes trepadores y listos. De esa manera vio que muchos avispados salían de embajadores mientras la patria lo distinguió a él apenas por unos meses, con el consulado en el pueblo de Calama donde Abaroa lanzó su célebre apóstrofe. Menospreciado e ignorado como Medinaceli, Albornoz Reyes ha dispersado su don creativo en la tertulia y en ocasionales artículos de prensa, siempre excelentes.

Las críticas de Medinaceli y Céspedes tienen un valor adicional porque se atrevieron a expresarlas cuando Tamayo había llegado al pináculo de su prestigio político y literario mientras ocupaba las funciones de presidente de la Cámara de Diputados en 1931, y ellos en cambio, estrenaban sus primeras armas en el quehacer intelectual. Ambos le juzgaron, sin que les temblara el pulso, en su doble condición de escritor y de político y se valieron del estilite punzante del humor, que escuece pero no maltrata. En ambos casos también, lo más probable es que Tamayo no se enteró nunca que dos cachorros habían tratado de hincar los dientes en su cola de león; al fin y al cabo, Medinaceli escribía en periódicos de Potosí y tenía por entonces 32 años. Céspedes, 4 años menor, era redactor de la Cámara de Diputados y estuvo entre los funcionarios que, arrebatados de entusiasmo por la elocuencia de Tamayo en su intervención contra el Referéndum, arrojaron las plumas al aire y aplaudieron al tribuno, al igual que los diputados...

En el periódico *El Sur* de Potosí, escribe Medinaceli en 1931 una "crítica" bajo el título de "Franz Tamayo, un Pilcomayo de la cultura", donde hace mofa de los mil vericuetos en los que se ha dispersado el talento tamayo sin llegar a concentrarse en un solo camino que le hubiese servido mejor a la cultura del país. "Don Franz —discurre Medinaceli— no sólo es autor de tragedias griegas a imitación de Esquilo. También escribió *Proverbios* a la manera de Salomón, *Rubayats* a la manera de Omar Khayyam, sonetos a la manera de Góngora, *Odas* del género aburrido, con pesadez tiahuanocota; pronunció una hermosa conferencia sobre su colega Horacio *menendespelayizando* a su gusto; escribió sobre *El Duelo* y los tres Mosqueteros del Litoral —Melgarejo, Daza y Montes— metiéndose a redentor del judaísmo roumanista de la pedagogía y definidor del *carácter nacional*; hizo periodismo ágil en *El Figaro* y *El Hombre libre*, transportando el *sprit francés* a las arideces del Altiplano: Y para decirlo de una vez, don Franz es —y ha sido— poeta, músico, sociólogo, periodista, parlamentario, automovilista, latinista, grecólogo, teósofo, latifundista, ateo y místico, radical y conservador, primitivo y moderno, sencillo y complicado, municipal y espeso, tragedista y *huayraleva*, con algo de Versalles y mucho de monolítico".

"Pero en fin de cuentas ¿qué es don Franz Tamayo? ¿Cuál es la verdadera personalidad de este hombre que muestra mayor riqueza de matices que el manto de la diosa Tanit, con que soñaba Salambó y deslumbra con cada uno de ellos, como un jupiterino relámpago en medio de la calma, pero no fecunda como la lluvia mansa y no fertiliza como el humus humilde?"

Medinaceli compara la obra de Tamayo, no con el río Amazonas, inabarcable y majestuoso, sino con el Pilcomayo que se polifurca en muchos riachuelos, volviéndose intransitable: "así, el talento de Tamayo se ha diversificado en una multiplicidad de géneros literarios y actividades, pero sin canalizar en ninguna, hasta concluir siendo un hombre de cultura muy enrevesada y arcillosa; y quien quiere penetrar dentro de ella, corre el

riesgo de quedar empantanado, como el que se aventura por los bañados del río Pilcomayo. Y por esto, Franz Tamayo es un *símbolo* de la cultura nacional: un "representativo" de la raza, como él mismo considera y le considero yo".

En otra nota de 1932, bajo el título de "Tamayo ¿poeta lírico?", Medinaceli pone en duda que la poesía del vate paceño tenga tal acento, agobiada como está por el peso de las lecturas. No comprende Medinaceli el empeño de Tamayo de hacer morar a sus dioses en el Cáucaso cuando podía situarlos en el vasto y majestuoso panorama de los Andes, con sus picos de nieves eternas todavía inviolados. Encuentra que a Lugones en la Argentina le ha sucedido algo parecido, abrumado también por el peso de la cultura europea e incapaz por tanto de expresar un acento original o descubrir su alma, que no tiene por qué parecerse a ninguna otra. "El poeta no necesita buscarse —dice Medinaceli—, se encuentra a sí mismo y está como Dios, en todo lugar. Menos necesita ir a la escuela para estudiar para poeta. Así no vale. ¿Qué gracia tendría? La gracia está en ser poeta sin estudiar. No estudia. Vive su poesía. El mismo es su poesía. Vive por ella. Muere por ella. Es su fatalidad. La maldición de los dioses, o tal vez de qué diablo. Pero no aprovecha la poesía para darse tono. Eso sería una desvergüenza, como si Cristo hiciera *réclame* de su cruz".

"El caso de Lugones —añade— *mutatis mutandis* es el de Tamayo. Se trata de un talento asimilativo y explosivo, de una inteligencia aguda y ahondadora, de un alma abrupta y volcánica, pero ¿es poeta lírico Franz Tamayo?"

"Lo es a ratos perdidos, cuando se olvida de Homero, Píndaro, Tucídides, Esquilo, Sófocles, Virgilio, Horacio, Alfredo de Vigny y Omar Khayyam. Cuando da libre desahogo a lo más íntimo de sus sentimientos como en la "Balada de Claribel" donde, con la tan cristalina transparencia de la propia lírica, ha musicalizado el añorante clamor de la ausencia y en algunos gritos, los más estremecidos que se le han escapado en los mejores momentos de *La Prometheida*. El resto de su producción está ahogada bajo el farrago de una erudición barroca. Tamayo tiene el ímpetu de vuelo de un Icaro, pero lleva en las alas el peso de una biblioteca".

En otra crítica al libro *El velero matinal* de Fernando Díez de Medina, escrita en 1936, Medinaceli formula un medular enjuiciamiento a toda la intelectualidad boliviana que vive de prestado, atenta a las novedades europeas, para calcarlas de inmediato, "dando el espectáculo de un niño que hubiera nacido viejo". Reprocha al autor el juicio admirativamente desmesurado que le merece Tamayo (en el capítulo "Tamayo o el artista") y sostiene que el Tamayo más auténtico es el de *Creación de la pedagogía nacional*, donde "no aparece su cultura greco-latina que es lo exterior de su personalidad, sino su sangre aymarás que es lo que da más vigor y originalidad a su pensamiento y estilo".

El exceso de erudición helenista le parece a Medinaceli que impide la expresión espontánea de la personalidad de Tamayo y le hace subalternizar su genio en una inútil repetición de los temas clásicos:

"Su *Prometheida* es demasiado mucho para la literatura y la espiritualidad de Sudamérica, demasiado poco para la literatura y el espíritu occidental, neogreco o neolatino. Comparemos por ejemplo la literatura de Tamayo con la del mismo jaez de los Leconte de Lisle, Saint-Ponto Pierre Louis, o de cualesquiera de los grecólogos como Sainte-Beuve o Mensen, sin contar los geniales. Creo pues que debemos huir del macaquismo imitativo, presuntuoso y necio del indoamericano típico y que para lograrlo lo único que podemos hacer —estupenda contradicción— es ser profundamente sudamericanos en sencillez, justeza de tipo, en nuestra natural simplicidad, pero llena de aristas y posibilidades. Si la suerte nos ha deparado ser bolivianos, fisonomicémosnos en nosotros a nuestro tiempo y a nuestro pueblo, que cuando llegue la hora de las cuentas definitivas eso será lo que realmente valga como valor individual aquilatador y justificador de una vida y como significación universal también. Seamos profunda y auténticamente bolivianos como hasta hoy no lo ha sido ninguno, por pretender ser europeos para conseguir sólo ser una caricatura".

Desde la *Gaceta de Bolivia*, revista de alta calidad literaria y muy conatados lectores, Carlos Medinaceli siguió muy de cerca la insólita elección de Tamayo —radical al estilo francés, terrateniente y adversario del socialismo en cualquiera de sus formas— como candidato a la presidencia de la República por el partido republicano genuino, en cuyo programa apuntaban ribetes socializantes y fascitizantes, y comentó risueñamente el viaje del candidato a Cochabamba. Destacaba la dualidad evidente en la personalidad de Tamayo, entre el intelectual que era en verdad y el político que pretendía ser y subrayaba un aspecto inquietante de su carácter: "la subitánea instantaneidad de sus determinaciones y la casi ninguna facultad inhibitoria que tiene sobre sus impulsos, lo que sería admirable en un poeta byronesco, pero que no es deseable en un gobernante que tiene que solucionar las cuestiones que se le presentan con la mayor serenidad y sagaz ecuanimidad de criterio y conducta. El director de la *Gaceta de Bolivia* concluía haciendo votos porque, una vez posesionado en la presidencia, "no traicione como tantos otros sus ideas y principios fundamentales, que ha venido predicando desde hace más de veinte años y a los que debe su reputación continental", básicamente el de la reivindicación indígena. "Como nadie Tamayo ha tratado más a fondo el asunto, revelándose como el mejor psicólogo de la raza, y como nadie tampoco ha dicho más hondas y putas verdades".¹

Dos artículos más —que sepamos— escribió Medinaceli sobre Tamayo, el primero recogido en el número 2 de la revista *Signo*, dedicado al bardo. Lleva el título de "Verbocromía en Tamayo" y alude a la "audición colorea-

¹ Sobre los artículos de Medinaceli en torno a la candidatura Tamayo, puede consultarse mi *Historia contemporánea de Bolivia 1930-1976*. Ed. Gisbert, La Paz, 1976.

da de las palabras” que se encuentra en la poesía de los modernistas, pues los anteriores eran “grises”, no tenían color. En este estudio, sin dejar de notar que Tamayo incurre en el defecto que en sus *Proverbios* reprocha a Shakespeare: “lo tiene todo menos el buen gusto”, señalando que al lado de versos magníficos se encuentra aquello de “Mar rojo, monte azul, cielo punzó” o ese otro de “un país de flores comestibles”, se refiere admirativamente, siempre hablando del color en la poesía, a la conferencia sobre “Horacio y el arte lírico”, ensayo equiparable —dice— “a los mejores de Unamuno y Ortega y Gasset, tanto por la hondura del fondo como por la belleza de la expresión”.

“Franz Tamayo, el libro que se le debe” es un artículo escrito en 1944 (recogido en *Estudios Críticos*) a juzgar por el aplauso con que Medinaceli refiere la noticia de la decisión del nuevo gobierno de poner el nombre de Tamayo a la antigua Plaza Roma, “primera vez en los anales patrios que se rinde un tributo de justicia en vivo, a un hombre insigne, a un “varón máximo” para decirlo con una bella expresión de Gracián”.

Allí, renegando de la iconoclastia de sus años mozos, Medinaceli rinde homenaje a toda la obra de Tamayo y refiriéndose a *La Prometheida* señala que hay “pasajes por lo que mira a la expresión, bellísimos, originales y de tal riqueza de léxico e imágenes que es una fiesta para el espíritu, algo de lo más áureo dentro de la lírica castellana de todos los tiempos. Para encontrar una cosa igual hay que remontarse al divino Góngora”.

Piensa Medinaceli que cuando se funde la Facultad de Filosofía y Letras, habrá que crear una cátedra “Tamayo” para que los jóvenes estudien especialmente toda su obra, así como en otras partes hay cátedras dedicadas a los grandes clásicos. Se ocupa también del Tamayo periodista y orador, lamentando que no se hubiese recogido su enorme producción de artículos y discursos. Y concluye con este deseo:

“Nuestra finalidad ha sido la de sugerir la idea de que se complete el homenaje a Tamayo con un estudio de su personalidad y de su obra. De él cabe decir lo que Mauricio Barrés afirmaba de Stendhal, “más que un profesor de energía” es, en el sentido clásico y humano, “un profesor de plenitud”. Y este juicio estimativo, en síntesis, acaso es lo que más cabalmente define la personalidad del autor de *Creación de la pedagogía nacional*”.

Sugiere a continuación que alguna institución cultural como el Ateneo de la Juventud encargue a sus miembros más capacitados la redacción de un tema sobre las diversas facetas de la personalidad tamayana: el poeta, el pensador, el sociólogo, el periodista, el parlamentario y político, el hombre. Y concluye:

“Así habremos cumplido nuestro homenaje de justicia a quien con lo cívico de su talento y de su espíritu constituye —y ha de seguir mejor en el porvenir constituyéndolo— el honor, la dignidad, el orgullo de la patria”.

Retrocederemos ligeramente en el tiempo, para retomar las impresiones de Céspedes en torno al poeta trocado en político. El candidato a diputado Franz Tamayo había sido ungido por el voto popular en 1930 y elegido en seguida presidente de la Asamblea. Pero no hubo discusión, ni menos aprobación del proyecto de Ley Capital, que proclamaba el tiranicidio, considerado cuando más como una nota de excentricidad del político paceño. Tamayo, sin embargo, mantuvo la convicción de que si se hubiese aplicado su proyecto no se habrían entronizado más dictaduras ni gobiernos autoritarios y abusivos en Bolivia y así lo afirmó en 1947, en su folleto *Tamayo rinde cuenta*.

Céspedes, que escribiría en junio del 31 un ensayo de excepcional valor sobre la figura y la obra de Tamayo, bajo el título de "Viaje en torno a un monolito pensante" —que, al decir de los testigos de esa época, "hizo réir hasta a las piedras"—, publica un artículo más breve, pero igualmente sustancioso, en el mes de abril,¹ tomando a la chirigota tanto la decisión de Tamayo de dar función "co-legisladora" a la barra como el proyecto de Ley Capital.

Burlándose de la modesta capacidad intelectual de los representantes, el joven periodista indica que "el egregio Presidente pone también una importancia cerebral en la testera, es decir, el "lugar de la cabeza". La actual cámara de diputados posee indiscutiblemente una cabeza que por su volumen y contenido suple eficientemente el hueco que la ausencia de otras cabezas da, produciendo una angustiosa impresión de vacío en el parlamento".

El artículo concluye desinflando el impresionante balón de la Ley Capital, de la que nos ocuparemos en seguida, con apenas un alfiler que equivalía a una estocada:

"En no lejano día, en plena ágora, don Franz Tamayo erguido y gesticulante, preguntará con voz imponente a la chusma, cumpliendo el artículo cuarto de la Ley Capital: "¿Qué os parece que lo *limpiemos*² al presidente de la República?"

"La masa, obediente al artículo quinto, naturalmente responderá que le parece muy bien y entonces se procederá a la eliminación del tirano, la cual será practicada indudablemente por Tamayo en persona, dándole al condenado un cabezazo en el estómago, todo esto para demostrar en la realidad, la bondad democrática de sus proyectos super-humanos".

Con el paso de los años, el joven escritor hizo un deslinde entre Tamayo político y Tamayo pedagogo, encontrando —como Medinaceli— que su mayor aporte a la cultura boliviana había sido *Creación de la pedagogía nacional*. En su libro *El Dictador suicida* ("40 años de historia de Bolivia", según reza el subtítulo) publicado en el año 1968, el gran humorista que hay en Céspedes, además de impar narrador, hace el enjuiciamiento definitivo de Tamayo, esta vez en serio, contraponiendo su figura a la de Arguedas

1 "Tamayo y la democracia pura", en *Ultima Hora*, 30 de abril de 1931.

2 "Limpiar": bolivianismo que equivale a matar.

y su *Pueblo Enfermo*, como representativo este último de la mentalidad oligárquica, despreciadora del substrato indígena. "Tamayo proclamó con una prosa sin vacíos cual relieve barroco —dice Céspedes— el imperativo de dar a la vida nacional la sangre autóctona que le negaba la descolorida intelectualidad criollo-mestiza. Su ilustración clásica y humanista, de filósofo y esteta, afinó su sensibilidad autóctona cuando, al remontar la corriente arterial de la raza nativa, halló en el humillado superviviente del imperio destruido, el indio, la única fuente potencial de un estilo nuestro... exploró y cubió los yacimientos de lo nativo y su potencia cultural, como nadie supo hacerlo hasta entonces en América. El antiimperialismo coetáneo de Manuel Ugarte y la posterior "Indología" de José Vasconcelos no alcanzaron la profundidad de la revolución interior planteada por Tamayo, a quien por eso y por precedencia, le corresponde el título de fundador de la teoría indoamericanista en el Continente".

Alborta Reyes publica en *Signo* la primera parte de un ensayo sobre Tamayo que, aparentemente, nunca completó ¹ pero nada es desperdiable de cuanto dice en ese artículo.

Se pregunta al empezar por qué Tamayo, pudiendo haber expresado en su poesía a su pueblo y a su paisaje, tuvo que huir a la Hélade, frustrando la mayor posibilidad poética que tuvo el país de reflejarse a sí mismo; de qué manera acudió al Cáucaso en lugar de convertir a *La Prometeida* en una grandiosa tragedia aymará, con héroes nativos que se movieran en el vasto escenario andino. Y halla la explicación tanto en la moda novecentista que rendía culto al neo-helenismo parnasiano de Leconte de Lisle y el clasicismo de José María Heredia, cuanto a la enemistad de los círculos cultos del país que le hostigaron al punto de obligarlo a exiliarse espiritualmente en un mundo extraño, que parecía superior al del medio, convirtiéndolo en un hombre acosado, que sentía muy hondo "ese puñal que el corazón te punge y en lloro y sangre tu vivir compunge".

La crítica formalista contemporánea de Tamayo —en opinión de Alborta Reyes— no le perdonó la iconoclastia de su forma poética, "mezcla de culturanismo a lo Góngora y neoclasicismo francés de tipo parnasiano de quien estaba saturado de humanismo clásico y dominara lenguas vivas y muertas". Irritaban a sus críticos "las excelencias incomprensibles de la forma, no el exótico ausentismo que tuvo también su castigo, pues pudiendo ser nuestro Homero resultó un maravilloso Heredia boliviano que había dejado evaporar esencias poéticas de boliviandad subyacentes en el "invicto Cáucaso" mien-

¹ "Recensiones sobre la poética de Tamayo" en la revista *Signo*, enero-febrero de 1957.

tras le aguardaban refulgentes de nieve y sol las grandes cordilleras de Amerindia”.

Alborta Reyes añade: “Y ahora se trata de calar más hondo buscando el drama. La peligrosidad del arte tamáyico consiste en una incoincidencia: a pesar del tema luminoso del mito griego —tomando siempre *La Prometheida* como paradigma—, y justamente por ello, adquiere en su magnífica interpretación personal —cuyo acierto novedoso está en haber introducido en la trama esquiliana a “Psiquis”— un sentido no diremos esotérico pero sí complicado que el mito heleno no tuvo o eliminó poco a poco en su busca de la espléndida libertad interior que comparece a través de la *Historia de la Cultura Griega* de Burckhardt y entrevemos en *Las Dos Carátulas* de Saint-Victor, como características de la plenitud y regularidad de todas las artes griegas, si las tomamos en función de estilo. En nuestro caso sucede que el Prometeo tamáyico se mueve sobre la hosca, insondable naturaleza indígena. Y éste es el drama auténtico de *Las Oceánidas*. Psicológicamente, allá en el fondo, en el último tejido de la grande obra, chocan la concepción clásica de la tragedia y la profunda y mineralizada substancia andina. El síntoma de tal fricción interior reside en el cerebralismo predominante del poema, que hace difícil al lector atemperarse a su clima de inaudita belleza, ya que cierta tensión endurece en muchos pasajes la ternura de la cubierta melódica del verso y cristaliza en formas de belleza pura, desnuda, difícil, cuyo secreto es la armonía”.

“Nosotros diríamos que se mueven con él —como símbolos, y no como signos—, en una yuxtaposición permanente que es apenas perceptible para el ojo atento de lanalista, los reflejos del paisaje natal. Están en el fondo de su mirada, en su sombra, en sus ecos, en su atmósfera personal de creador, pero no constan delibetadamente en su literatura y por ello pude haber acertado al colegir en otro estudio crítico que sólo simbólicamente había cantado al suni, altiplano, a través de los pasajes de su *Prometheida*: “Sobre el invicto Cáucaso, de erectos riscos rígidos...”

No hay, para este autor, en la obra de Tamayo —salvo sus páginas pedagógicas y políticas— compenetración entre su genio potencial y la tierra que lo nutría. Y en consecuencia, tampoco el pueblo pudo sentirse identificado con una lírica que le resultaba extraña y remota:

“Resulta obvio asentar que no se trata aquí de empequeñecer con irreverencias el legado rítmico del aeda andino. El análisis objetivo y aun el espectral no excluyen ciertamente la admiración para obra tan multidimensional y biomórfica como la suya. Pero es una admiración sin gratitud. Porque así como la *Creación de la pedagogía nacional* encontró una ancha línea intermedia entre la Bolivia feudo-colonialista y artificial, rígida y perfilada sobre el fondo de la intolerancia y el privilegio, y la reacción del pueblo pregonada por su voz más autoritaria, la de Tamayo, para señalar los hitos de su unificación nacional sobre los planteamientos básicos de su cultura, la aplicación concreta de esos postulados pedagógicos debió hacerse en el

arte. Sobre las comprobaciones de la *Pedagogia* pudieron venir las intuiciones estéticas, la euforia emocional de un grande y entrañable poema”.

“Fueron pocas ciertamente, las ocasiones en que se dignó aconsonantar la invalorable vibración de su numen poético con la realidad existencial boliviana. Y ello no bastaba, Bolivia debía ser relevada integralmente en las vivencias estéticas y sus dominios poéticos. Los grandes trágicos situaban siempre sus obras en atmósfera o clima que pudo ser en ocasiones mitológico, incluso, pero que siempre les era propio, estaba a su alcance y podía ser aprehendido en su proximidad táctil. Así en el Mahâbârata, el Ramayana, el mundo sobrehumano de la tragedia de Esquilo, las Sagas nórdicas, el Popol-Vuh de los mayas guatemaltecos, siempre hallaremos una labor de particularización generalizada, simbiótica, que jamás rehúye el tema propio. Porque para Tamayo, y en general para el poeta nacional no se trata de forjar un poema más o uno menos de valores universales, sino ante todo de revalorar la bolivianidad en sus esencias y raíces. La presunción occidental le vedó constituirse en el primer trágico indoamericano. Por nuestra parte, creemos que hay una mística no metafísica —sin nieblas ni tinieblas—, una mística de la tierra, que el soberbio numen de Tamayo estaba destinado a sorprender para darle vida imperecedera, estéticamente”.

Pero no hubo tal cosa. Y en consecuencia no se puede reclamar para Tamayo, dice Alborra Reyes, la “gratitud popular con que las gentes sencillas suelen pagar a quienes toman del subsuelo patrio los motivos y sugerencias apropiados para enhebrar con ellas una ligazón substancial en la que el verbo poético obtenga nuevas y desconocidas profundidades emocionales, alientos vibrátiles que compensen el tedio y la desgarrada miseria de la vida, transformando en un ardiente impulso esa petrificación psicológica en que va cayendo nuestro país, falto de estímulo para sus posibilidades psicológicas, que las tiene y muy cuantiosas, en vez de bailar al son de panderos ajenos”.

PRO DOMO SUA

Conviene ahora, después de haber escuchado a estos tres jóvenes disidentes, ceder la palabra al propio Tamayo quien, ignorando posiblemente estas críticas, asumió indirectamente la defensa de su obra y de su actitud filosófica y literaria, en las cartas que dirigiera a los escritores Jorge Mañach y Martí Casanovas, publicadas por José Carlos Mariátegui en su famosa revista *Amauta* en 1928. La carta a Martí Casanovas (de 1º de abril de ese año) abunda en precisas consideraciones sobre la supuesta antinomia entre americanismo y occidentalismo y afirma el credo estético que le acompañó toda la vida. Veamos algunos párrafos:

Toco este punto tan importante de una de sus cartas: la necesidad de renunciar al espíritu occidental, tratándose de la creación del nuevo arte americano.

Con el nuevo conocimiento que Ud. llega a tener en este momento del mundo americano, en su visita a México, Ud. —me parece— está sintiendo la enorme atracción de las cosas nuevas y grandes, grandes y nuevas son seguramente las americanas, sobre todo aquellas que manan directamente de las grandes fuentes hiséricas, raciales y culturales, de los dos grandes imperios indios, azteca y peruano. Ud. las está palpando de cerca, malgrado la brutalidad española que trató durante trescientos años, de destruir cuanto encontrara en pie a la hora de la conquista. Me doy justa cuenta de la impresión que Ud. siente: la proximidad de una grande alma autóctona, la contemplación de ruinas y restos maravillosos, en una palabra, el redescubrimiento, por un americano, de un mundo desaparecido o por desaparecer. Entonces la consecuencia es clara: Ud. buen americano, se inclinaria a aceptar la sola posibilidad de americanismo absoluto, absoluto en el sentido de renunciar a todo lo que no sea indio, indo-americano, como se dice ahora. Y cuando Ud. encuentra un americano, americano *echt* *exóthen*, como yo, que habla de occidentalismo, etc., Ud. se yergue de protesta...

Entendámonos un poco.

Yo he sondeado con el pensamiento y durante muchos años este nuestro mundo americano, y en lugar y medio bastante semejante al mexicano que Ud. está laborando hoy. Pero a la vez conozco el mundo que llamamos occidental. Ahora bien, permítame Ud., saltando un poco la argumentación, decirle que fuera del mundo occidental, no hay salvación para nosotros. Otra cosa es que los americanos incorporem al occidentalismo con nuestra alma americana íntegra y muy orgullosamente íntegra. Lo que de ello resulte sólo podrá ser algo original y poderoso, algo que distinguiéndonos hondamente de las diversas almas occidentales, nos dé sin embargo carta de ciudadanía en la república occidental de la Cultura. Permítame un símil no del todo exacto, ya que no se me ocurre otro mejor: de la manera cómo los romanos se incorporaron a la cultura helénica —suprema—, de esa manera nosotros nos occidentalizaremos. Los romanos comenzaron confesando la supremacía, de los patrones y módulos griegos. Toda la máquina pensante, todo el método, la forma de las aspiraciones, la materia misma del trabajo intelectual, en una palabra, la educación toda, para el romano y su inteligencia, debía tomarse en Grecia, por la sencilla razón de que en esta tierra privilegiada la humanidad habla alcanzado su ápice de perfección y de eficiencia, y que por consiguiente sería la mayor locura pretender renunciar voluntariamente a ello. Igual nosotros. Ni el arte ni la ciencia podrán privarse en América de todo lo conquistado por el occidental que viene y se extiende del mundo griego (el Asia próxima) hasta la última Thule que podría significar la Gran Bretaña. Eso podría geográficamente complementarse con ciertas reservas de extensión, como la de incluir en la cuenta el mundo aryo indio en el que reconocidamente ubica el mundo occidental su origen. Es cosa sólo de explicarse un poco.

Me viene un recuerdo. El empeño de los germanos del tiempo del *Sturm und Drang* (otros enamorados del autoctonismo como Ud.), de crear, para el arte sobre todo, un nuevo mundo, extra paganismo, y de pretender en el caso, sobreponer el Lied de los Nibelungos sobre la Iliada, por ejemplo. Yo he estudiado el poema bárbaro en su texto medio alemán y en la excelente traducción moderna de Simrock; pero confesando la enorme maravilla bárbara, yo he acabado rindiéndome ante la majestad pentélica y eterna del poema griego.

Ya Goethe encontró a su paso el mismo problema, y acabó también por rendirse ante la verdad y la necesidad: germano cuanto se quiera (y allí está su fuerza), pero greco-latino como aspiración y como educación, —allí está su victoria. Para nosotros el destino riene que ser el mismo: americanos cuanto podámos, con alma libre y propia, y no con alma his-

pano-americana esa limitación suicida y triste; pero fatalmente occidentales, esto es, aryano-europeos de cultura y de voluntad. Además ¿está alguien seguro, definitivamente seguro, de que no hay vinculaciones prehistóricas entre el indio aryo y el indio americano?

—Cuestión!

Aclaremos esto de la exclusión de hispanismo y entendámonos. Si en España cuya lengua hablamos existen elementos culturales (como seguramente hay) que respondan a esta necesidad de cultura universal, allí también beberemos como en fuente lícita: pero no será por otra razón que la que nos mandase beber en fuentes francesas, italianas o alemanas. Nada de preferencias por razón falsamente sentimental y a priori. Queremos nuestra libertad de escoger fuentes y caminos. Queremos nuestra libertad de ir espiritualmente a España, o de no ir jamás a ella, según nuestro grado o nuestra necesidad.

LA LEY CAPITAL

Era proverbial la aversión de Tamayo a las dictaduras internas o foráneas. En abril de 1926, en *La Razón*, publica un artículo juzgando a "los hombres de acción" que surgen "como en ciertos mares el tiburón y en nuestros ríos selváticos el yuracaré", pero que no aparecen cuando los partidos políticos se crean y desenvuelven bajo figuras patricias, sino cuando llegan al poder. Es entonces que los hombres de acción disputan el poder, primero a sus partidos y luego a la nación. A título de mayoría, "el partido de gobierno comienza por devorar a la nación para acabar a su turno devorado por su jefe —"el hombre de acción", asienta Tamayo. Y explica que ello es posible solamente gracias a que el patrimonio de todos, que es el poder y el dinero público, es puesto al servicio de la criminal empresa:

Llegamos pues un poco a saltos, como pide la prensa, al instante en que el hombre de acción está ya en el poder, y aquí encontramos ya la sombría aventura tantas veces repetida en nuestra historia de cien años. El gobierno del hombre de acción es la cancelación franca o no franca de la luz. Fronteras, finanzas, derechos privados y públicos, instituciones múltiples, aspiraciones de las clases sociales, tentativas doctrinales de los partidos, la vida toda de la nación queda pendiente por años de la sola voluntad del gobernante. ¿Parlamento —Judicatura? —Como si no existieran, o peor, porque es de principio en el Capitolio mismo donde se hacen, o mejor, deshacen ambas instituciones ya que para obtener un mandato o una magistratura es preciso haber pasado primero por el juramento de servidumbre al amo y llevar en la frente muy visible ya el sello de infamia ciudadana. Y la máquina comienza a moverse.

Hojead un poco la historia: donde hay una gran acción gubernativa, una acción trascendente y casi siempre trágica para nosotros, allí está la mano exclusiva del hombre de acción. Grandes tratados de límites con el Brasil o Chile de gravísimas consecuencias posteriores, es el hombre de acción; guerra del Pacífico, océanos de males insondable aún, es el hombre de acción; venta de territorios que padecen pequeñas repúblicas por lo extenso y valioso, es el hombre de acción; inversión descabellada de fabulosas sumas de dinero, precio de la sangre o del patrimonio nacionales, es

el hombre de acción; contratos ya consuetudinariamente llamados LEONINOS y que significan la hipoteca secular de la patria, es el hombre de acción; pactos o tentativa de pactos que son la traición misma por significar la entrega de Bolivia al vencedor de ayer, y al enemigo de siempre, es el hombre de acción”.

A continuación, Tamayo parangona a tales sujetos con los “magistrados de veras, hombres de derecho, de paz, de virtud y desprendimiento” a quienes se niega el poder. Al argumento de que esos hombres de acción fueron grandes hombres a quienes no les acompañó la suerte, replica Tamayo:

No es cierto. Estos nuestros pro-hombres sólo lo son mientras mantienen el vergajo del poder en la mano. Apenas cualquier vaivén político los ha arrojado al suelo, vuelven a ser aquellos que habían sido antes de asaltar el poder: pobres hombres sin acción, sin palabra, sin pensamientos y hasta sin una animal gratitud a los amigos de ayer. Volveos un poco retrospectivamente: ¿De cuál de aquellos minúsculos ROIS EN EXIL ha venido jamás aquella tierra de jaija a la que van generalmente a acabar, de cuál ha venido una sola idea financiera o industrial, un solo plan diplomático, un solo proyecto institucional, una sola palabra que pueda considerarse semilla fecunda para la pobre patria que tanto habían maltratado? Todo lo más que hemos visto es el atrevido astuto y vulpino en vista de recobrar el poder, a veces también, la tentativa misma de lo mismo, pero ello acaba en veces en un despertar o mejor dicho, en aquel trágico dormirse para siempre en Uyuni... 1

Y concluye afirmando que el pueblo boliviano, “fatigado de una fatiga secular a través de generaciones, ya no desea héroes ni paladines, mesías y salvadores en el poder”, sino simples magistrados.

Profundo era el menosprecio de Tamayo hacia los gobernantes que se creían providenciales y en su empeño por conservar el poder o transmitirlo a sus validos, arrasaban con las endeble instituciones de la República. La fórmula del radicalismo como él la entendía, se basaba en la desconfianza hacia las revoluciones y la esperanza en las instituciones cuya estabilidad, sabiduría y fuerza contendrían todo intento de “banditismo” gubernativo. Expresaba sin reticencias su aversión a las dictaduras internas o foráneas y en 1928, cuando la mayoría de los políticos y de la prensa europea consideraban a Mussolini un extraordinario estadista, en una entrevista concedida a la revista limeña *Amauta*, Tamayo expresó una opinión que hoy día quizá es universalmente compartida pero que en su tiempo parecía un anatema, cuando no una impertinencia:

“Mussolini me parece un analfabeto temible, ficha de manicomio y de casa de corrección a la vez. Es temible porque detrás de él se mueve casi toda Italia enardecida y como embriagada. No hay que olvidar que Italia todavía cuenta entre las naciones más cultas y más viejas del mundo. Pre-siento que la ruina de Mussolini será también la ruina de Italia, al menos por mucho tiempo. El todo a breve plazo, desgraciadamente”.

1 Se refiere al asesinato del ex presidente Hilarión Daza, derrocado después de su desastrosa conducción durante el conflicto bélico con Chile, y muerto 14 años después al retornar al país, en la localidad de Uyuni.

E interrogado sobre el dictador español de ese tiempo, escogió la vía del desprecio:

"¿Primo de Rivera? Ni una palabra más después de lo dicho por el gran Unamuno. Si no fuera el respo que todos debemos a España, sería como una ofensa personal hablarle a uno en serio de Primo de Rivera".

Y cuando el periodista le tocó el tema de Sandino y su heroica lucha en Nicaragua, Tamayo concluyó la entrevista con estas palabras:

"¿Que qué pienso del yankee y Nicaragua? Poca cosa. Un solo presentimiento me asiste y es que el yankee habrá de pagarla muy caro algún día".

Con fecha 30 de junio circula en las calles de La Paz un manifiesto que contiene únicamente un "Proyecto de Ley Capital" —tal el título del documento— con el siguiente subtítulo: "Que será presentado a la consideración de la próxima Asamblea Legislativa que la Excma. Junta de Gobierno ha anunciado convocar—. Es su autor el ciudadano Franz Tamayo que tiene la intención de solicitar el mandato popular para el objeto".

El proyecto de ley está concebido en apenas siete artículos, y las reflexiones numeradas alcanzan a 14.

El articulado es el siguiente:

Artículo primero. La República instituye la Ley Capital como fundamento de toda democracia.

Artículo segundo. La Ley Capital consiste en el derecho individual que asiste a todo ciudadano de tiranicidio y punición sobre el tirano y sus cómplices.

Artículo tercero. No hay derecho de tiranicidio cuando la Ley Capital no ha sido previamente declarada en vigencia. Sin esta declaración todo acto violento es un crimen común y justiciable.

Artículo cuarto. Tienen derecho de declarar vigente la Ley Capital el Jefe o Jefes reconocidos de la oposición que en caso de tiranía son los verdaderos Jefes de la Nación.

Artículo quinto. La fórmula en su caso será: "en nombre de la nación tiranizada, declaro (o declaramos) vigente la Ley Capital".

Artículo sexto. La vigencia de la Ley Capital significa declarar la beligerancia civil de la nación. Desde ese instante, toda resistencia pasiva o armada contra la autoridad ilegítima es justificada.

Artículo séptimo. Como en la República griega de Atenas, la recompensa para el héroe libertador será la estatua en vida en el seno mismo del parlamento nacional.

Las reflexiones numeradas que aparecen a continuación podían servir, en opinión del proyectista (que afirma, en una nota final, que son el extracto de un libro sobre el mismo tema "hace tiempo escrito y destinado a contri-

buir a la redención del más noble y del más triste de los Continentes”) como considerandos de la nueva ley. Veamos algunos:

En todo país civilizado el parricidio y la traición a la patria se castigan por el código con la pena capital. En América, la tiranía que identifica y aúna ambos crímenes y es más funesta y nefasta que los dos, se ejercita y practica en plena impunidad, y aun se premia con el pacífico goce de las riquezas robadas a la nación como en el caso de Porfirio Díaz y Cipriano Castro. . .

La democracia no es el gobierno del pueblo por el pueblo, como erróneamente se dice, pues ello significa una tautología y una contradicción absurdas. La democracia significa el predominio regulador del pueblo sobre todo gobierno; y tal predominio será siempre mentido si una institución científica y jurídica no pone en manos del pueblo un instrumento de verdadera regulación política. Ya se sabe como los tiranos y las facciones pueden anular todos los procedimientos que la ley ha imaginado hasta ahora y que hacen posible ese dominio regulador tales como el sufragio popular, los juicios de responsabilidad, etc. El fraude y la fuerza han burlado siempre el derecho original y democrático del pueblo. Etimológicamente, democracia significa en griego pueblo (demos) y dominar, ser fuerte (kratón), lo cual es muy distinto de gobernar o hacer función gubernativa. Los pueblos no pueden gobernar; pero sí pueden controlar a sus gobiernos, deben hacerlo. En nuestra América y después de un siglo de dolorosas experiencias, la más eficaz manera de hacerlo fue enseñada por Harmodio el griego. . .

Las grandes democracias de Europa, Francia e Inglaterra no han encontrado mejor camino para sus edificios democráticos que dos cabezas de reyes que significaban la autocracia y la tiranía secular. Desde el Stuuardo y el Borbón jurídica y judicialmente decapitados, se puede decir que hay democracia en Inglaterra y Francia, mal grado los momentáneos eclipses de la misma.

La Ley Capital es la sola esperanza para alcanzar pronto el verdadero sufragio plebiscitario. Cuando los gobiernos que son los únicos destructores de la democracia en América obtengan por fraude y mantengan por fuerza el voto popular, la Ley Capital estará para rectificarlos instantáneamente. No más espectáculo de un presidente que a palos y fraudes regale la República a un cómplice, a un presidente suplente, que le guarde el poder para la hora de las reelecciones. . .

Bajo el régimen de Ley Capital, no más censura y mordaza de prensa, que es el signo más típico y propio de toda tiranía. . .

Bajo el régimen de Ley Capital, no más entrega de las soberanías americanas en cambio de un puñado de oro extranjero e inverecundo”.

¿Pero era la proposición Tamayo tan desorbitada como para no tomarla en cuenta o escapar de ella por el fácil sendero del humor? De 1930 a esta parte, el mundo ha visto la entronización en el poder de paranoides que han causado indecible dolor, sin que existiera modo de librarse de ellos, salvo la enfermedad y la muerte natural, o como en el caso de Hitler, una guerra devastadora con millones de víctimas inocentes y la destrucción de media Europa.

Tamayo cita en su proyecto los casos de Porfirio Díaz de México y Cipriano Castro de Venezuela. Ambos, en efecto, fueron déspotas repulsivos. Pero sus gobiernos despiadados, en la perspectiva histórica, quedan empequeñecidos por las hazañas de sus sucesores en América del Centro y del Sur. A Castro siguió Gómez que hacía colgar a sus adversarios políticos de los testículos hasta que reventaban y se desprendían en un baño de sangre. Lo que ha sucedido en estas décadas en las mazmorras y los campos de concentración a lo largo del continente, donde las policías políticas de los dictadores han cebado en los presos los más bajos instintos de su bestialidad, no es fácil de describir y tampoco es este el momento de hacerlo. El mundo se ríe de Idi Amín Dada y lo encuentra pintoresco sin pensar que detrás de cada mueca del gran gorila hay varios asesinatos y que cada una de sus sonrisas de hiena esconde un genocidio. Y los latinoamericanos que se divierten con las hazañas del dictador de Uganda harían bien en pensar que muchos de sus propios mandatarios podrían rivalizar con méritos propios en una competencia de ferocidad y sevicia, con el monigote africano.

Y ¿cómo se defienden, cómo pueden defenderse los pueblos ante el abuso, el atropello, la violencia que vienen de arriba? ¿Qué puede hacerse ante gobernantes que cambian las reglas de juego a su gusto y se creen imprescindibles o gobiernan "por la gracia de Dios"?

¿Qué puede hacer la humanidad atribulada ante la presencia omnipotente de paranoicos como Hitler y su pandilla o Stalin y la suya? ¿Quién garantiza de la estabilidad mental de gobernantes en cuyas manos se halla la posibilidad de ordenar el uso de armas nucleares, químicas y bacteriológicas?

La Ley Capital... Vistos estos antecedentes ¿ha dado el tiempo razón a Tamayo? La discusión sería interminable. En un mundo de armas absolutas, de desprecio de los derechos humanos, donde se ha institucionalizado la tortura y donde campean, a la cabeza de muchos gobiernos, psicópatas que debían estar recluidos en casas de orates, ¿puede ser todavía la no violencia la única arma que esgriman los pueblos, como predicaban Thoreau, Tolstoi, Gandhi y Martin Luther King? ¿Se debe ofrecer siempre la otra mejilla? ¿No murieron estos dos últimos personajes a manos de fanáticos, cuando predicaban el amor y el entendimiento entre los hombres?

Planteados estos interrogantes, vale la pena rastrear en la historia un antecedente a la ley de Tamayo, que él consideraba original y como la primera tentativa del "nuevo derecho público americano": los celtas, ese misterioso pueblo que creó la primera civilización europea al norte de los Alpes y que surgió en el siglo VIII antes de Cristo (cuando Homero en el sur componía su *Iliada* y su *Odisea*) habían impuesto ya el magnicidio ritual, a cargo de los druidas o sacerdotes. Cuando daba señales de flaqueza física,

no podía tener herederos, o la tribu sufría contrastes de los que se le hacía responsable, el rey era acribillado a puñaladas. A continuación los sacerdotes estudiaban el porvenir por las convulsiones del cuerpo y la manera en que se derramaba la sangre.

La proposición de Tamayo de 1930, tuvo que esperar a 1948 para probar que no se trataba de un desatino. En efecto, en el proyecto original de la Declaración de Derechos Humanos que preparó el Comité Social de Naciones Unidas, se hallaba un punto que después fue retirado por exigencias de los países del bloque soviético y que expresaba textualmente: "Es esencial, si un hombre no tiene otro recurso, utilizar la rebelión como último medio. El derecho a la rebelión contra la tiranía y la opresión es un derecho humano que debe ser protegido por las leyes".

La Iglesia católica, en la Encíclica *Populorum Progressio* (1967) habla también de la "tentación de la violencia": "Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana".

"HABITO UN SUEÑO, COMO HABITAR EL ANDE"

Políticamente, la personalidad de Tamayo se ubica dentro de la corriente conservadora, pues no fue más allá del liberalismo ético con que se revistió el partido *Radical* que él fundara a su retorno de Europa a principios de siglo. También son francófilos los nombres de los dos periódicos que difundieron sus ideas: *El Figaro* y *El hombre libre*. No hubo régimen ni presidente que satisficiera a Tamayo (salvo Salamanca y, por poco tiempo, Villarroel) y en el Parlamento y la prensa sus ataques a Montes, Saavedra y Siles, hicieron época. Colaboró ocasionalmente con ellos, pues representó al país en la Liga de Naciones en Ginebra (1921), en la que planteó la revisión del tratado de 1904 con Chile; fue Canciller por poco tiempo, de Salamanca, en plena guerra del Chaco; presidente de la Asamblea en dos ocasiones (1930 y 1945) y también candidato triunfante a la Presidencia de la República, elección que quedó anulada por el golpe de Estado que dieron los militares al presidente Salamanca, cuando aún no había concluido el conflicto chaqueño (1934). A partir de ese año, Tamayo se encerró en orgulloso aislamiento, en su casona de la calle Loayza, durante diez años, hasta que se produjo su elección como representante al Parlamento, por el pueblo de La Paz. Después del colgamiento del presidente Villarroel en un farol de la Plaza Murillo, y de los ataques que también sufrió como presidente de la Asam-

blea que había designado al Presidente mártir, Tamayo volvió a su soledad, con ocasionales mensajes, hasta su muerte en 1956.

La revolución de 1952, que decretó la reforma agraria, lo sacudió de su letargo y reaccionó desfavorablemente a todas las medidas que planteaba el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Hombre del viejo régimen, propietario él mismo de una hacienda en el Altiplano —a la que no quiso volver nunca más, ni reclamar un pañuelo de tierra, después de la ocupación campesina— no era posible que se hallara de acuerdo con quienes, no obstante, lo proclamaban mentor de la liberación indígena, por sus ideas pedagógicas.

Quizá fue un error hundir las manos en el lodo de la política buscando la inasible estrella de la redención humana o fatigarse en las tareas del Congreso y en las batallas de la prensa cuando al cabo sólo se recogerían abrojos y espinas.

Al servicio de la política había consumido innumerables horas: organizó un partido, fundó dos periódicos, pronunció en la Cámara decenas de discursos y escribió centenares de artículos. Por la política ganó irreconciliables enemigos y fue objeto de la mofa y el escarnio. Menguado balance de medio siglo de combates civiles. Y sin embargo, para él, nada había más trascendente y definitivo que la poesía. "Jamás en parte alguna —se lamentaba en su mensaje de octubre de 1930 a la juventud intelectual de Costa Rica— la poesía se ha tomado tan a juego como entre nosotros. Hace años escribí un proverbio que decía: "Porque el arte es un juego divino, muchos creen que es cosa de juego". Y esa creencia todo latinoamericana es un grandísimo error. Error porque al fin de todo significa la prostitución de la cosa más impropituable que hay en el mundo. Clavad esta verdad en vuestros corazones: nada, ni la religión, ni la ciencia, ni la filosofía, está por encima de la poesía. Es preciso haberla tocado de cerca en los profetas hebreos o en los poetas griegos, en Shakespeare o en Goethe, para darse cuenta de lo que ella significa para el hombre y por el hombre. He visto en nuestra América hombres políticos, esto es, lo que llamamos con tal nombre, políticos que en medio de la indignidad humana más grande, hacían consciente y consuetudinaria mofa de todo arte y toda poesía. Puedo decirlos que si no siempre, casi siempre detrás de cada político de estos hay un inaudito pobre diablo abyecto e inenarrable... "La poesía es cosa grave, muy grave. El alma de los hombres, el alma de los pueblos se inmerge en su onda sublime y luminosa como ninguna encina en las entrañas de la tierra. La poesía es cosa tan profunda, tan humana, que por poco se ahonde cualquier actividad histórica, se la encuentra como un substrato de eternidad y de luz".

En *Scopas*, Tamayo revela el duro precio que debe pagar el creador para afirmar su obra, y su apetencia de un universo ignoto, más allá de los dolores, las frustraciones y las mezquindades de la vida diaria. En labios del escultor pone el interrogante que desgarró el alma del artista:

*¿Conoces la agonia del artista
 al instante fatal que inspira y crea?
 Fluye su genio como sangre vivida
 de vientre maternal que alumbra a gritos.
 No hay dolor igual. De las tinieblas
 se arrancan formas como jirones míticos
 de alma. Y esas tinieblas desgarradas
 son el artista mismo. A sus criaturas
 si da un consorcio, de su carne talla,
 y si un gesto es la mueca de su pena
 transfigurada en luz. Cada sonrisa
 que en barro admira el vulgo cuesta lágrimas
 oculus, y si es Niobe estupefacta
 la desesperación en Faros fulgido,
 el creador desesperó al crearlas*

Afuera, en la calle, proseguían los homenajes. Fernando Díez Medina, colocándose por encima —o más allá— de los agravios que recibiera en 1942, a raíz de la biografía “al modo fantástico” que dedicó a Tamayo, publicó una carta pidiendo la solemne coronación del poeta y la publicación de sus obras completas por el Estado, en tanto que Gamaliel Churata, que escribía para la radio oficial “Illimani” notas editoriales con el pseudónimo de “El hombre de la Calle”, exigía la creación de una cátedra Franz Tamayo en todos los ciclos de enseñanza. Los periodistas de La Paz le declararon Maestro del Periodismo boliviano.

Después de la revolución, la Federación Universitaria, dominada por los jóvenes del MNR, había decidido darle el título de Maestro, conferido en otras décadas a personalidades del mérito de Daniel Sánchez Bustamante y Jaime Mendoza. Pero encontrando que ese título, “Maestro de la juventud”, le quedaba pequeño, lo proclamaron “Maestro de generaciones”. Se hizo un solemne acto en el Auditorium de la Universidad de San Andrés, acto al que asistieron, en representación de su padre, que alegó encontrarse delicado de salud, sus hijas Teresa y Elvira.

También le había invadido el escepticismo sobre la apreciación que los demás harían de su obra poética. Oscar Cerruto le escribió de Buenos Aires refiriéndole que una importante editorial argentina, de la que él era asesor literario, se hallaba interesada en publicar sus obras completas y que el prólogo sería escrito por Arturo Capdevila o Arturo Maraso, admiradores de su obra. De esta manera, su poesía alcanzaría por fin difusión y renombre continental. La entusiasta solicitud de Cerruto recibió una seca respuesta, no del poeta, sino de uno de sus hijos que fungía de secretario: “En cuanto a la publicación de las obras de mi padre, no ha lugar”.

En los últimos meses fue el silencio total. Pero hizo una excepción con los periodistas, pocos días antes de su partida definitiva. A requerimiento de ellos, les envió un breve mensaje que decía:

Una palabra para los colegas periodistas, en la grata ocasión de hallarnos, de nuevo, en la arena, y será sólo un recuerdo.

Deseo que el periodista auténtico jamás olvide el propio respeto del que necesariamente se desprende el respeto para con los demás. Sólo respe-

tándose y respetando a los otros se sirve el noble oficio; y sólo en tal respeto plenario se puede gozar y usar de la plena libertad de pensamiento y expresión, libertad que es el signo del hombre de veras libre y del país de veras civilizado. El resto, barbarie.

Tal mi experiencia vitalicia de ochenta años severamente vividos.
Confraternalmente.

TAMAYO

La Paz, 10 de mayo de 1956.

A mediados del mes siguiente, una trombosis cerebral paralizó en su lecho al escritor. Las pócimas homeopáticas nada podían hacer ante el caos que la sangre trastornada provocaba en la masa craneal que había concebido los pensamientos más lúcidos y los poemas más bellos de la literatura andina.

Convocado un médico alemán, el Dr. Walter Spiel, siguió, hora por hora, la agonía del enfermo y lloró, conmovido, cuando el anciano, que aparentemente había entrado en la inconsciencia, recitó en alemán uno de los versos que más amaba, de Goethe. Después, el corazón, como ave enloquecida, pareció querer escapar del grueso tórax aymará. Y no hubo más. Había llegado, para siempre, "la hora más honda y más callada".

Fue inmenso el cortejo que acompañó sus despojos al cementerio general. Pocos le habían conocido y tratado en vida pero ahora sucedía que todos se volcaban a la calle para rendirle un homenaje postrero. Había llegado el día en que el pueblo, "sin tener ya que pedirle permiso para acercársele, fue a acompañarlo en silencio, camino a la tumba" como dijera Alberto Crespo Rodas, añadiendo este certero juicio sobre la incomunicación entre el escritor desaparecido y su país "No sé qué quiso demostrar el pueblo entonces. No lo había comprendido nunca y por eso ante tan invencible dificultad a veces echó mano del epíteto zumbón. Tamayo y su medio estuvieron separados por un abismo incolmable, por una ausencia de simpatía. En cierta forma, su vida creadora fue un drama, puesto que era un pensador, un poeta sin lectores: libros de Tamayo, editados treinta años atrás, seguían sin venderse, amarillentos e intactos en las librerías de La Paz. Por algo fue una extraña y dolorosa incongruencia intelectual en Bolivia. Sus compatriotas adivinábamos confusamente que aquellas páginas contenían frases de suprema belleza o pensamientos vigorosos y originales pero nada más. Mientras tanto nos dolíamos acerbamente de tener cerrados los accesos a ese conocimiento. Le decían el primer poeta de Bolivia pero casi nadie había leído sus versos, sino cuando más, la zarandeada Balada a Claribel".¹

¹ "La Soledad de Tamayo" en *El Diario*, 31 de octubre de 1965.

La tumba de Tamayo, en el cementerio general de La Paz, tiene escrita, en tocos maderos, una frase que él vaticinó en uno de sus panfletos cuando hizo hablar a la ciudad:

“Este es Franz Tamayo, mi gloria es su propia gloria”.

Aunque, según me refirió su viuda en una entrevista que le hice poco antes de su muerte, él habría querido que pusieran el poema que prefería entre los suyos:

*Yo fui el orgullo como se es la cumbre
y fue mi juventud el mar que canta.
¿No surge el astro ya sobre la cumbre?
¿Por qué soy como un mar que ya no canta?
No rías Mevio de mirar la cumbre,
ni escríbas sobre el mar que ya no canta.
Si el rayo fue, no en vano fui la cumbre
y mi silencio es más que el mar que canta.*

De su desaparición física han pasado 21 años y no pocos homenajes oficiales, como vimos en la introducción de esta obra. Pero Tamayo continúa siendo el gran olvidado. Su familia ha renunciado ya a la posibilidad de que la Universidad de La Paz, que tan rumbosa se muestra para pagar misiones a Europa o recompensar con prestaciones sociales abultadísimas a sus ilustres catedráticos, pague lo justo por la biblioteca del poeta que tiene ilustrada desde hace tantos años; la casa de hacienda de Yaurichambi se desmorona a pedazos y por sus ventanas sin vidrios corre el viento del altiplano con su gélido mensaje de muerte; en la calle Loayza ya no existe hace tiempo la casa N.º 84 y en su lugar se levanta un impersonal edificio, en el que ni siquiera figura la placa que ofrecieron poner los prósperos propietarios nuevos cuando ordenaron que las picotas dictan fin con la vieja vivienda del pensador.

¿Por qué en las horas de prueba los bolivianos recuerdan a Tamayo? ¿Cuál es en suma su legado para esta y las nuevas generaciones? Despejado el caudal erudito y el fárrago libresco con los que se defendieron de becios y envidiosos, quedan las mil aristas de sus gemas poéticas y las semillas henchidas de sus reflexiones que podrían contribuir a la escritura de un evangelio del hombre andino. Urge recuperar ese legado y difundirlo, como el mejor aporte de Bolivia a la cultura de los americanos. El mismo señaló los derroteros que ahora otros van abriendo: “En América —decía— las generaciones deben preparar la vida como si un día el viejo mundo debiera sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta” o cuando hablaba de la identidad del continente: “Trescientos años de colonia se esforzaron por hacer *nuevas Españas* doquiera y en cierta medida lo lograron. Hoy nuestra tarea es inversa: hacer América de América. Para ello hay dos labores, una constructiva y otra destructiva, o inversamente, si se quiere”; y aún más específicamente: “El mayor daño que pueden hacer las culturas extrañas es que no nos permiten ser nosotros mismos. A veces hay que tentar una extraña y sublime guerra de independencia para nuestro espíritu”.

Mucho queda por hacer para rescatar el mensaje tamayano, su vida y su obra. Nadie ha recogido sus discursos parlamentarios ni sus artículos de prensa. Poco se conoce de sus viajes a Europa y de sus estudios en el viejo mundo. Su propia vida familiar, la relación con sus padres, con sus hermanos, con su primera esposa, con sus hijos, son hasta hoy un misterio. La familia posee originales de obras poéticas que permanecen inéditas. No se han hecho tampoco estudios sobre las influencias y afinidades que tuvo, desde los autotes clásicos hasta los modernos. Se sabe que leía a Platón, Esquilo, Sófocles y Eurípides entre los griegos y a Horacio, Virgilio y Ovidio entre los romanos en sus lenguas nativas, y que en su juventud amó a Hugo y a Alfredo de Vigny. Frecuentó también con delectación a Taine, Renan, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, pero pronto buscó alimentos más substanciosos y se dirigió a las brumas nórdicas: Shopenhauer, Kant, Hegel, Goethe, Nietzsche. La explicación se halla en uno de sus proverbios: "Los franceses, maestros de sociabilidad y civilidad, pero no saben vivir solos. De aquí que en Francia, en dos mil años de grandeza humana no hay uno tan grande como Beethoven, Shakespeare o Leonardo". Y en su afán escatológico, indagará todavía en fuentes más antiguas como los Vedas. Cristiano sin iglesia, buscará a Dios incansablemente sin poder explicarse el misterio de la creación. No vacilará, en su empeño, en tomar en serio las elucubraciones teosóficas de las señoras Blavatski y Besant, introductora esta última de Krishnamurti a Occidente...

Su convicción sobre el papel que representa el sufrimiento para la redención de hombres y pueblos —que Toynbee aplicaría magistralmente a su estudio de la historia— quizá provenía de Goethe: "Quien no haya comido su pan con lágrimas / no haya gemido sentado en su cama, / durante largas noches cargadas de pesares / tampoco conocerá los poderes celestiales", o tal vez, remontando el río de la cultura, de Esquilo con su escueta fórmula de *pathei mathos*, aprender del sufrimiento.

Habrà que estudiar también, con mayores elementos de juicio que los conocidos hasta ahora, al Tamayo político y al estadista, a quien se atacó tan duramente, aprovechando los flancos que ofrecía su permanente oposición a los gobiernos, salvo la amistad intelectual con Salamanca, y el afecto paternal hacia Villarreal. Allí se verá que, por muchas contradicciones aparentes que se advierta, emerge la figura rectilínea de un varón íntegro, en una democracia imperfecta, del civilista respetuoso de la ley que quería acabar con la "chacota" republicana, para erigir una nación de verdad, en la que el sano orgullo fuera "una de las formas positivas de la vida". Acaso, como su maestro Goethe, odiaba más el desorden que la injusticia, y el mayor reproche que se le pueda hacer es no haber advertido a tiempo los cimientos de arcilla

en que se sostenía una república plutocrática en la que la gleba indígena y las clases medias urbanas sostenían los juegos florales de la trilogía de grandes mineros y el régimen semiesclavista en el agro. Adversario de los positivistas y de los liberales, tenía sin embargo con ellos afinidades ideológicas que le impidieron trascender, políticamente, al país nuevo —sin siervos en la sima ni barones en la cima— que lo reclamaba como a su profesor de energía.

Sus ideas políticas lucen ciertamente incongruentes con la realidad de un país enajenado y sometido a la voluntad de una oligarquía monopolizadora de la principal riqueza de exportación, un país tan urgido de reformas sustanciales como era la Bolivia de la primera mitad del siglo XX. Su radicalismo era más un código ético y de conducta que un programa político para un pueblo expoliado y dividido en castas como en la antigua sociedad egipcia. De otra parte, en Tamayo se daba, con soberana e insalvable fuerza, la vieja contradicción entre el intelectual soñador que quiere reformar el mundo valiéndose de abstracciones y altos pensamientos, y el político volcado a la acción, que requiere batirse con todas las armas para capturar el poder, olvidando en el camino escrúpulos morales. Mientras el primero medita y vacila, el segundo atropella y actúa. Uno buscará (como Burke) la autoridad; el otro, el poder. Estaba pues escrito que, pese a sus empeños, Tamayo no sería Presidente, ni siquiera Secretario de Estado, mientras todos sus enemigos dejaban su efímera impronta en los consejos ministeriales del Palacio Quemado. Esa contradicción se ha hecho patente en todos los casos en los que, en el ámbito americano, un intelectual llegó al gobierno. Los ejemplos de Rómulo Gallegos en Venezuela, Natalicio González en Paraguay o Juan Bosch en la República Dominicana, son suficientemente ilustrativos del fracaso que le espera al idealista y al hombre de pensamiento enfrentado a los reclamos de la administración y a las luchas bastardas de las facciones. Tal habría sido posiblemente la suerte de Tamayo si los altos jefes del Chaco hubiesen permitido que Salamanca pusiera en sus manos el terrible presente de la banda presidencial, después del descalabro bélico.

Dejando en el limbo de las cosas increadas la imagen del Tamayo estadista y gobernante, queda para la posteridad la obra del pensador, del poeta, del pedagogo y el polemista.

Sus ideas no le sirvieron para escalar el gobierno ni enfrentaron nunca el desafío con la realidad, pero es indudable que fueron poderosos arietes con los que derribó adversarios como muñecos de paja, hizo tambalear gobiernos, minó las bases de instituciones y partidos e hizo que su nombre trascendiera más allá de la muerte. “¿Acaso hay una dinamita más poderosa que las ideas?”, se preguntaba en 1917 cuando sólo en ellas confiaba para dar vida al partido radical, en ausencia de apoyo oficial o recursos económicos. Y seguía interrogando: “¿Hay una fuerza más sutil, más vivaz, más libre, más benefactora o nociva, según se la maneje, que las ideas que minan la historia,

que la derriban y la reedifican periódicamente? ¿Quién ha hecho la monstruosa Alemania de hoy? No son Moltke ni Bismark, instrumentos tardíos y externos y que son como la flor remota de una planta de la que no fueron semilla ni raíz. La grande Alemania de hoy no es más que el fruto de una semilla ideal sembrada en el hondísimo corazón de la raza por ciertos hombres gigantescos que se llamaron Hegel y Fichte, y que hoy, si resucitasen no podrían menos que decir, al ver su patria: "Es nuestro sueño inmaterial convertido en nación tangible". ¿Y quién hizo la volcánica Francia del 93? No era el hambre como se dijo, ya que el pueblo la había sufrido durante siglos. Fue el pensamiento enciclopédico —libros, prosas, versos, desde el dístico epigramático hasta la montaña enciclopedista— el que preparó la catástrofe formidable que de la lejanía de los años, a los ojos del vicioso y clarividente Luis XV tenía todo el aspecto fantástico de un diluvio. Tal es la fuerza de las ideas".

En ninguna expresión aflora con más fuerza el bolivianismo de Tamayo que en la del libelo, en la que fue maestro indiscutido e imbatido. Así como Burkhardt en su consagrada obra sobre el Renacimiento dedujo que los príncipes italianos del siglo XV y XVI poseían el arte de coagular como obras de arte la ciencia del Estado, Tamayo, en estas latitudes bárbaras, descubrió el secreto de convertir en trabajos de orfebrería sus libelos, que fueron muchos y mortales. Es en la diatriba que halla el talento de Tamayo su propia expresión. Una forma de libelo, como arquetipo perdurable de una frustración colectiva en un país atrasado, resulta por ejemplo el "ekeko", muñeco de greda cubierto de bienes que tiñe de humorismo indiano el instante fugaz de los rencores burlones del nativo y está henchido de la violencia pasional del conquistador. Pero no nos desviemos del tema. Tamayo conjuga sus aptitudes polémicas y se muestra como un artista del duelo florentino con daga y espada, empuñados a un mismo tiempo, hiriendo siempre de muerte a sus rivales. Pero en lugar de la daga, símbolo de traidores, él se vale del látigo. Desde las "Crónicas de los tiempos de Mari-Castaña" hasta sus últimos mensajes, posteriores a la revolución de 1952 y tamizados por la discreción de la edad provecia, se encuentra nítido el genio del esgrimista que emplea golpes secretos, esguinces, alusiones dobladas y desdobladas, todo ello sostenido por la fulgurante magia de una prosa que embriaga como el resplandor del sol andino sobre las nieves eternas.

Ese "monolito pensante" que dijo Augusto Céspedes tenía, en realidad, fuego en el corazón, y ese fuego a veces despedía llama y otras luz, pero siempre incendiaba cuanto tocaba, como los grandes liberalistas de América, desde Juan Montalvo y González Prada hasta Rubén Darío y Pablo Neruda, pasando por el propio Vargas Vila hoy olvidado, demostrando que la literatura en ellos era también arma de combate civil.

Tamayo empleó su furor polémico contra gobernantes y escritores, pero también contra leyes e instituciones. Del Círculo de Bellas Artes a la reforma

agraria, nadie se libraba de sus estocadas. Siempre cambiando de manos el látigo y la espada, se lanzaba atrevidamente a la riña sin pedir ni dar cuartel. No hay un ejemplo comparable en América —y menos en Bolivia— de un condotiero de su talla, cuyo código de honor (aunque él hubiera hecho burla de ese concepto) se aproximaba mucho más al de los samurai del Japón feudal que al de los frívolos caballeros de la Italia renacentista.

Y no se crea que se trataba de un género menor. Aristóteles se ocupó del libelo —diatriba en la lengua helénica— entre las producciones de la Poética y la Retórica, como hicieron a su tiempo los autores romanos, solazándose con el epigrama. Voltaire, en el anecdotario que contiene su *Diccionario filosófico*, se refirió también al “atroz libelo”. Encontramos así, entre el pensamiento de Burkhardt que hemos mencionado y las decantaciones artísticas de Tamayo en sus libelos, una coincidencia fundamental, con la diferencia de que las arremetidas de Tamayo no se coagulan en su posición conservadora sino que cambian por efecto de su genio, reflejando siempre las frustraciones del ser nacional. Con los recursos de su prodigiosa capacidad de síntesis, crea, cuando polemiza, un arte popular, gárrulo, de colores fuertes y aromas nativos, sin perder nunca la tensión asombrosa de su estilo.

Es en tal clase de documentos —mucho más que en la poética o en los discursos parlamentarios— que la comunidad boliviana se veía reflejada en la obra de Tamayo, agonista que ni en el tránsito hacia la morada de sus dioses tutelares pudo refrenarse de atacar la medida que significaría al fin de cuentas la liberación social de las mayorías indígenas, cuando habló de “ese crimen inspirado por el genio turaniomongol: la reforma agraria”. Ni en la hora crepuscular de su vida pudo amenguar su pasión de gran panfletario.

Crecido en la amargura del aberrante enclaustramiento mediterráneo, testigo de la comedia sangrienta que jugó el Brasil para quedarse con el territorio del Acre, compañero del presidente Salamanca durante la tragedia del Chaco, ciudadano conspicuo de una comunidad sumida en el desaliento y la frustración, Tamayo convocaba a la fiesta del orgullo y la fe en las potencialidades de la raza sometida y esta es la parte de su mensaje que ha quedado grabada mejor en el corazón de los bolivianos.

Político, pensador, poeta y pedagogo, Tamayo deslumbra y ofusca por la variedad de disciplinas que cultivó y la profundidad y belleza de su lenguaje. A él también pudiera aplicarse la frase que dedicó Thomas Mann a Tolstoi: “¿Cómo se parece al mar y el mar a él!” De su siembra se recogerán nuevas cosechas y cada generación dará una interpretación distinta a su voz,

única y múltiple. Y en tanto, quedará el misterio para ser descifrado por quien se aproxime con sed de comprensión y hambre de amor:

*Fue noble, triste y grande!
Habitó su sueño
como habitar el Ande.
Hombre sin dueño,
¡sus Hermes y Apolo!
Volverá un día, grande
y siempre solo!*

MARIANO BAPTISTA GUMUCIO